

los DIABLOS

**JOE
ABERCROMBIE**

Traducción de Manu Viciano

ALIANZA EDITORIAL

Para Gillian:
Hundiendo la ficción fantástica en la alcantarilla
desde 2006







PRIMERA PARTE

**La peor princesa
del mundo**

El Día de San Aelfrico

Era el día quince de lealtad y el hermano Díaz llegaba tarde a una audiencia con Su Santidad la Papisa.

—Me cago en la leche.

Se inquietó cuando su carruaje, que apenas avanzaba, empezó a zarandearse al paso de una procesión de quejumbrosos penitentes, con la espalda surcada de sangre y la cara de arrebatadas lágrimas, flagelándose bajo un pendón que tan solo rezaba: «Arrepentíos». No especificaba de qué debía arrepentirse quien lo leyera.

Pero todo el mundo tenía algo, ¿verdad?

—Me cago en la leche.

Tal vez no se contase entre las Doce Virtudes, pero el hermano Díaz siempre se había enorgullecido de su puntualidad. Había consignado cinco horas enteras para llegar desde su hospedería a la audiencia, convencido de que le sobrarían al menos dos para admirar con pío fervor las estatuas de los santos principales ante el Palacio Celestial. Se decía que todos los caminos de la Ciudad Santa llevaban allí, al fin y al cabo.

Solo que, en esos momentos, parecía que todos los caminos de la Ciudad Santa daban vueltas y vueltas en gélidos círculos atravesando una inimaginable densidad de peregrinos, prostitutas, soñadores, intrigantes, compradores de reliquias, vendedores de indul-

gencias, buscadores de milagros, predicadores y fanáticos, pillos y embaucadores, prostitutas, ladrones, mercaderes y prestamistas, soldados y matones, una asombrosa cantidad de ganado en movimiento, tullidos, prostitutas, prostitutas tullidas y... ¿había mencionado ya a las prostitutas? Superaban a las sacerdotisas como por veinte a una. Su flagrante presencia en el bendito corazón de la Iglesia, be-rreando reclamos a vaharadas y mostrando extremidades en carne de gallina por el insensible frío, era escandalosa, sin duda, e ignominiosa, por supuesto, pero también despertaba unos deseos que el hermano Díaz había esperado que llevaran mucho tiempo enterrados. Se vio obligado a ajustarse el hábito y volver los ojos hacia el firmamento. O, al menos, hacia el traqueteo del techo de su carruaje.

Esas cosas eran las que lo habían metido en líos desde un principio.

—¡Me cago en la leche!

Tiró de la ventanilla hacia abajo y sacó la cabeza al aire frío. La cacofonía de himnos y voces sugerentes, de regateos y súplicas de perdón se triplicó, al igual que la peste a humo de chimenea, incienso barato y una lonja de pescado cercana, haciendo que el hermano Díaz no supiera si taparse las orejas o la nariz mientras le chillaba al cochero:

—¡Voy a llegar tarde!

—No me extrañaría nada —respondió el hombre con cansada resignación, como si fuese un transeúnte desinteresado y no estuviera cobrando una tarifa desorbitada por transportar al hermano Díaz a la cita más importante de su vida—. Es el Día de San Aelfrico, hermano.

—¿Y?

—Y sus reliquias se han subido al campanario de la Iglesia de la Inmaculada Conciliación para exhibirlas ante los necesitados. Se dice que curan la gota.

Eso explicaba todas las cojeras, los bastones y las sillas con ruedas que había entre la muchedumbre. ¿No podría haber sido la escrófula, o el hipo persistente, o cualquier otra dolencia que permitiera al enfermo esquivar de un salto un carruaje a pleno galope?

—¿No hay ninguna otra ruta? —gritó el hermano Díaz para hacerse oír sobre el parloteo.

—Centenares. —El cochero hizo un leve encogimiento de hombros, contemplando la apelotonada multitud—. Pero es San Aelfrico en todas partes.

Las campanadas empezaban a resonar sobre la ciudad para las plegarias de mediodía, empezando por un par de tintineos sueltos desde los santuarios de la calle, que crecieron hasta convertirse en un estruendo discordante cuando cada capilla, iglesia y catedral añadieron sus frenéticos tañidos, compitiendo por llevar los pies de los peregrinos a sus puertas, los traseros a sus bancos y las manos a sus cepillos.

El carruaje empezó a moverse con una sacudida, inundando al hermano Díaz de alivio, y al instante se detuvo con otra, sumiéndolo en la desesperación. No muy lejos, habían alzado a dos harapientas sacerdotisas de órdenes mendicantes rivales sobre sendos púlpitos telescópicos, que oscilaban inestables con un gemido de maquinaria torturada, para que salpicaran de saliva a la multitud mientras mantenían una acalorada discusión sobre el significado exacto de la exhortación a la amabilidad de la Salvadora.

—¡Me cago en la leche!

Con el trabajo que le había costado socavar a sus hermanos del monasterio. Con las molestias que se había tomado para impedir que cada amante del abad descubriera la existencia de las demás. Con lo mucho que había alardeado de que lo convocaran a la Ciudad Santa, de que lo señalaran como alguien especial, destinado a un gran futuro.

Y allí era donde iban a morir sus ambiciones. Enterradas dentro de un carruaje atascado en un lodazal humano, en una angosta plaza dedicada a un santo del que nadie había oído hablar, fría como una cámara de hielo, ajetreada como un matadero y sucia como una letrina, entre un recinto pintado lleno de pordioseros con licencia y una plataforma de tilo para castigos públicos, sobre la que un grupo de niños estaba quemando figuras rellenas de paja que representaban a elfos.

El hermano Díaz vio cómo apaleaban los muñecos de orejas y dientes puntiagudos, enviando chorros de chispas al cielo mientras los viandantes aplaudían con benevolencia. Los elfos eran elfos, claro, y sin duda estaban mejor quemados, pero había algo inquietante en aquellas pequeñas y regordetas caras infantiles, resplandecientes de violento gozo. La teología nunca había sido la especialidad del hermano Díaz, pero estaba razonablemente seguro de que la Salvadora había hablado mucho sobre misericordia.

La frugalidad sí que se contaba entre las Doce Virtudes, eso desde luego. El hermano Díaz siempre se lo recordaba a sí mismo mientras esquivaba por un amplio margen a los mendigos que acudían a las puertas del monasterio. Pero a veces uno tenía que invertir si quería obtener beneficios. Se asomó por la ventanilla para chillarle de nuevo al cochero.

—¡Si prometes que llegaremos al Palacio Celestial a tiempo, te pago el doble!

—Esto es la Ciudad Santa, hermano. —El cochero casi ni se molestó en levantar los hombros—. Aquí solo los locos hacen promesas.

El hermano Díaz metió otra vez la cabeza, con lágrimas escurriéndose en los ojos. Se escurrió del asiento, hincó una rodilla en el suelo y se quitó el vial que llevaba al cuello, de plata antigua, pulida por siglos de roce contra la piel de sus antecesores.

—Bendita santa Beatriz —murmuró, asiendo el vial con desespero—, santa mártir y custodia de la sandalia de nuestra Salvadora, solo una cosa te pido: illévame a tiempo a mi puta audiencia con la papisa!

Al instante se arrepintió de haber maldecido mientras oraba y se hizo la señal del círculo sobre el pecho, pero, mientras subía otra vez la mano para pellizcarse en el centro a modo de penitencia, santa Beatriz le hizo saber lo disgustada que estaba.

Hubo un poderoso golpetazo en el techo, el carruaje se zarandeó y el hermano Díaz salió arrojado con violencia de frente, pero su gáñido desesperado se interrumpió cuando el asiento de delante se le estampó en toda la boca.

Así son las cosas

Alex bordó el salto desde la ventana al techo del carruaje, rodó suave como la mantequilla y se levantó fluida como la miel, pero la cagó en el salto, mucho más fácil, desde el techo del carruaje al suelo; se torció el tobillo, trastabilló desequilibrada entre el gentío, la cara le rebotó en la costra de mierda del flanco de un borrico y cayó despatarrada en el albañal.

El burro se molestó bastante, y su amo todavía más. Alex no estaba muy segura de lo que le gritó entre los gemidos de unos penitentes que pasaban, pero desde luego no eran halagos.

—¡Que te jodan! —le chilló ella. Un monje la miraba boquiabierto desde el carruaje, con sangre en los labios y aquella expresión de sudoroso pánico que ponían siempre los turistas en la Ciudad Santa, así que le aulló—: ¡Y que te joda a ti también! Jodeos entre vosotros —añadió sin mucho entusiasmo mientras se alejaba cojeando.

Las palabrotas eran gratis, al fin y al cabo.

Asió un velo de un puesto callejero mientras el mercader no miraba, lo cual a sus ojos no era tanto un robo como tener buenos reflejos, se envolvió la cabeza con él a modo de pañuelo y se coló entre los penitentes, profiriendo su gemido más lastimero. No fue difícil, dado el dolor que le palpitaba pierna arriba y el cosquilleo

del peligro en la nuca. Alzó las manos hacia la irregular franja de azul entre los tejados dispares y vocalizó una humeante súplica de salvación. Por una vez, casi rezó en serio.

Así eran las cosas. Empezar la tarde buscando pasarlo bien, acabar la mañana implorando el perdón.

Dios, qué ganas de vomitar tenía. El estómago le daba vueltas, haciéndole arder la garganta irritada, y también había el runrún de problemas en el extremo del culo. Sería la carne mala de la noche anterior, o las malas expectativas de esa mañana. Sería el dinero que había perdido o el dinero que debía. Igual aún tenía un poco de mierda en los labios. Y, para colmo, tampoco ayudaba el impío hedor de los peregrinos, que tenían prohibido lavarse en todo su largo viaje hasta la Ciudad Santa. Se puso una punta del velo sobre la boca y arriesgó una mirada atrás, escrutando entre la maraña de brazos alzados hacia el cielo en busca de...

—¡Ahí está!

Por mucho que lo intentase, Alex nunca terminaba de encajar. Apartó de un codazo a un peregrino que llevaba los ojos vendados, empujó a otro que avanzaba sobre las costrosas rodillas y fue calle arriba a trompicones, tan rápido como podía con un tobillo malo, que no era ni por asomo tan deprisa como habría querido. Por encima de la escandalera de alguien berreando himnos a cambio de monedas, se oía confusión tras ella. Una pelea, con un poco de suerte, porque esos penitentes podían ponerse bastante alborotadores si te metías entre ellos y la gracia del Todopoderoso.

Dobló una esquina resbalando y llegó a la lonja de pescado, a la sombra de las Hermanas Pálidas. Cien puestos, mil clientes, el vocerío de regateos malhumorados, la salada peste marina de las capturas del día, resplandecientes al tenue sol invernal.

Atisbó un destello de movimiento y se agachó por acto reflejo. Una mano dio un agarrón al aire y arrancó un pelo suelto de la cabeza de Alex, que resbaló bajo un carro, evitó que la aporrearan los cascos del nervioso caballo y rodó para escabullirse entre las piernas de alguien, por la helada y gruesa capa de tripas y espinas y cieno que cubría el suelo bajo los puestos.

—¡Te pillé, joder!

Una mano le atenazó el tobillo, y las uñas de Alex dejaron serpenteantes surcos en el mantillo de pescado mientras la sacaban a rastras de la penumbra. Era un matón de los que trabajaban para Bostro, el que padecía de un tricornio que le daba aspecto de pirata fracasado. Alex se levantó lanzando el puño. Impactó en la mejilla del matón con un crujido enfermizo que temió que fuese su mano y no la cara del hombre, que le agarró la muñeca y la apartó de lado. Ella le escupió en el ojo, haciendo que se encogiera, y le dio un puntapié en la ingle que hizo que tropezara, mientras tanteaba a su alrededor con la mano libre. Podían abatirla, pero no iba a quedarse abatida. Sus dedos encontraron algo y Alex chilló mientras atacaba con ello. Una pesada sartén. Se estrelló contra la mejilla del pirata con un sonido como el de las campanas que llamaban a la oración vespertina, envió su ridículo sombrero dando vueltas y lo tumbó cuan largo era mientras los clientes ponían pies en polvorosa y el aceite caliente lo salpicaba todo.

Alex dio media vuelta, con los ojos tapados por un manojo de su propio pelo, enmarañado con trozos de pescado. Caras que miraban, dedos que señalaban, siluetas que atravesaban la multitud hacia ella. Subió de un salto al puesto más cercano y los tablones rebotaron en sus caballetes mientras apartaba a patadas los frutos del océano en su huida, tirando peces, aplastando cangrejos entre los malsonantes rugidos de los mercaderes. Saltó hacia el siguiente puesto, resbaló con una trucha enorme y aún dio otro paso desesperado y tambaleante antes de caer, dar con el hombro en el suelo y terminar despatarrada entre una lluvia de crustáceos. Se levantó resollando esforzada, renqueó hacia un callejón repleto de basura y dio tres o cuatro pasos por él antes de ver que no tenía salida.

Se quedó allí encogida, horrorizada, mirando la pared vacía mientras sus manos se abrían y se cerraban impotentes. Con toda la lentitud del mundo, se volvió.

Bostro estaba en la boca del callejón, con los grandes puños apoyados en las caderas, la gran mandíbula proyectada hacia de-

lante, una inexpressiva y amenazadora losa. Chasqueó la lengua con un lento tch, tch, tch.

Otro de sus matones llegó junto a él, jadeando por la persecución. El de la sonrisa llena de dientes marrones. Dios, menuda visión. Si uno tenía esa boca, más le valía lavarse los dientes, y si tenía esos dientes, más le valía no sonreír.

—¡Bostro! —Alex compuso la mejor sonrisa que pudo mientras intentaba recobrar el aliento, y le salió mediocre incluso para lo que era habitual en ella—. No sabía que eras tú.

El suspiro de Bostro fue tan pesado como el resto de él. Llevaba años recaudando para Papá Collini y debía de haber oído todos los trucos, mentiras, excusas e historias lacrimógenas que una pudiera imaginar, y seguro que unas cuantas que no. La de Alex no lo impresionó.

—Se acabó el tiempo, Alex —dijo—. Papá quiere su dinero.

—Está bien. —Alex sacó su abultado monedero—. Aquí tienes la suma completa.

Lo arrojó hacia él y echó a correr casi al instante, pero estaban preparados. Bostro atrapó el monedero mientras su amigo el de los dientes de mierda atrapaba a Alex por el brazo, la hacía girar y la arrojaba hacia la pared. Su cabeza dio contra los ladrillos y Alex cayó rodando sobre la basura.

Bostro abrió el monedero y echó un vistazo al contenido.

—Menuda sorpresa. —Lo sostuvo del revés y solo cayó tierra—. Tu monedero suelta tanta mierda como tú.

El aspirante a pirata se había unido al grupo con la marca rosada del sartenazo en la cara.

—Ojito —gruñó, alisando una abolladura de su tricornio manchado de pescado—. Es fiera cuando la acorralas. Como una comadreja muerta de hambre.

La habían llamado cosas peores.

—Eh, escuchad —graznó Alex mientras se levantaba como pudo, preguntándose si le habrían roto el hombro, y luego, cuando intentó agarrárselo, preguntándose si se habría roto la mano—. Le conseguiré el dinero a Papá. ¡Puedo conseguirle el dinero!

—¿Cómo? —preguntó Bostro.

Alex se sacó el trapo del bolsillo y lo desdobló con la adecuada reverencia.

—Contemplad los huesos de los dedos de san Lucio, que...

El del sombrero los tiró al suelo de un manotazo.

—Sabemos cómo son las patas de perro, puta timadora.

Fue muy frustrante, después del esfuerzo que le había costado limar las zarpas.

—Eh, escuchad. —Alex retrocedió con las maltrechas, palpitantes y malolientes manos levantadas, pero se le estaba terminando el callejón—. ¡Solo necesito un poco más de tiempo!

—Papá ya te dio más tiempo —dijo Bostro, llevándola hacia atrás—. Se te ha acabado.

—¡La deuda ni siquiera es mía! —gimió ella, y era cierto, pero muy irrelevante.

—Papá te advirtió que no la asumieras, ¿verdad? Y tú la asumiste —replicó Bostro, y también era cierto, además de bastante relevante.

—¡Soy solvente! —La voz de Alex sonaba cada vez más aguda—. ¡Puedes fiarte de mí!

—No lo eres y no puedo, como ambos bien sabemos.

—¡Recurriré a un amigo!

—No tienes ninguno.

—Me las apañaré. ¡Siempre me las apaño!

—No te las has apañado, por eso estamos aquí. Sujetadla.

Alex le dio un puñetazo a Dientes-de-mierda con la mano buena, pero él casi ni se enteró. El matón le atrapó un brazo mientras el pirata cogía el otro, y ella pataleó y se retorció y gritó pidiendo ayuda como una monja atracada. Podían abatirla, pero no iba a quedarse...

Bostro le hundió el puño en el estómago.

Sonó como cuando un mozo de cuadra soltaba una silla de montar mojada al suelo, y las ganas de pelear se le escurrieron por completo del cuerpo. Se le empañaron los ojos y le cedieron las rodillas y lo único que pudo hacer fue colgar de sus captores y dar

un largo y vomitivo resuello y decidir que, pensándolo mejor, igual sí que era buena idea quedarse algo abatida.

No había nada lírico en recibir un puñetazo en la tripa de alguien con el doble de tu tamaño, y menos si lo mejor que podías esperar a continuación era otro. Bostro le agarró el cuello con un enorme puño y redujo su resuello a un húmedo gorgoteo. Entonces sacó su tenaza.

Una tenaza de hierro. Pulida de tanto usarla.

No parecía que le gustase, pero lo hizo de todos modos.

—¿Qué será? —gruñó—. ¿Dientes o dedos?

—Eh, escucha —farfulló Alex entre babas, casi tragándose la lengua. ¿Cuánto llevaba intentando ganar tiempo? Una semana o dos más. Una hora o dos más. Ya solo le quedaba intentar ganar momentos—. Eh, escucha...

—¡Elige! —rugió Bostro, acercándole tanto la tenaza a la cara que Alex bizqueó al mirarla—. O sabes que serán las dos cosas.

—¡Alto!

La voz sonó nítida y dominante, y todo el mundo miró alrededor al mismo tiempo. Bostro, los matones e incluso Alex, en la medida en que podía estando medio estrangulada. Había un hombre alto y apuesto en la boca del callejón. En el oficio de Alex, una aprendía a distinguir a primera vista lo rico que era alguien. A saber quién era lo bastante rico para que mereciera la pena estafarlo. A saber quién era demasiado rico para que mereciera la pena molestarlo. Aquel hombre era de los muy ricos: su túnica tenía los dobladillos desgastados, pero era de buena seda, con bordados de dragones en hilo de oro.

—Soy el duque Miguel de Nicea. —Tenía un pelín de acento oriental, cierto. Llegó corriendo a su lado un tipo calvo con la frente sudada—. Y este es mi siervo Eusebio.

Todos evaluaron aquella sorprendente aparición. El supuesto duque estaba mirando a Alex. Tenía el rostro amable, pensó ella, pero Alex también podía poner cara de persona muy amable y era una zorra ladrona, pregúntale a cualquiera.

—Entiendo que te llamas Alex, ¿verdad?

—Entiendes bien —gruñó Bostro.

—¿Y tienes una marca de nacimiento bajo la oreja?

Bostro movió el pulgar y levantó las cejas al ver la parte del cuello que había revelado.

—Sí que la tiene.

—Por todos los santos... —El duque Miguel cerró los ojos y respiró muy hondo. Al abrirlos, parecía que quizá hubiese lágrimas en ellos—. Estás viva.

La presa de Bostro se había aflojado lo suficiente para que Alex resollara:

—Por ahora.

Estaba igual de sorprendida que los demás, pero en aquellas situaciones ganaba quien superase primero la sorpresa y empezara a averiguar dónde estaban los beneficios.

—¡Caballeros! —exclamó el duque—. ¡Esa joven no es otra que su alteza la princesa Alexia Pyrogennetos, la hija perdida de la emperatriz Irene y legítima heredera al Trono Serpentino de Troya!

Bostro debía de haber oído todos los trucos, mentiras, excusas e historias lacrimógenas que una pudiera imaginar, pero aquella hizo que incluso él arqueara las cejas. Luego entornó los ojos y miró a Alex como si alguien le hubiera dicho que el zurullo que acabase de ver recién salido del ojete de una cabra era en realidad una pepita de oro.

Lo único que pudo hacer ella fue levantar los hombros muy alto. La habían llamado estafadora, timadora, tramposa, ladrona, zorra, zorra ladrona, puta hurona y comadreja embustera, y esos eran solo los insultos que se tomaba como cumplidos. Nunca, que ella recordase, la habían llamado princesa. Ni siquiera haciéndole el chiste menos gracioso del mundo.

Dientes-de-mierda torció el gesto con tanta brusquedad que se atisbaron al fondo unos dientes incluso más de mierda.

—¿Qué coño has dicho que es?

El duque Miguel observó a Alex, allí colgada como una alfombra barata en mitad de su tunda anual.

—Reconozco que no parece... demasiado princesil. Pero es lo que es y todos tendremos que vivir con ello. En consecuencia, debo pedirlos que desasguéis su real persona.

—¿Desasqué? —preguntó el aspirante a pirata.

—Que la soltéis. —Las formas amables del duque menguaron una pizca y Alex atisbó algo duro debajo—. Ya.

Bostro frunció el ceño.

—Esta comadreja embustera le debe dinero a nuestro jefe.

El pirata se retorció un diente y lo sacó de su boca ensangrentada.

—¡La puta hurona me ha saltado un diente!

—Lástima. —El duque levantó las cejas mirándolo—. Parece un diente estupendo.

El hombre lo tiró a un lado, furioso.

—A mí me gustaba, cojones.

—Veo que habéis padecido ciertas molestias. —El duque Miguel metió la mano en un bolsillo de su túnica con bordados de oro—. Dios sabe que soy muy consciente del incordio que pueden ser las princesas, de modo que... —Sostuvo en alto unas monedas para que les diera la luz—. Aquí tenéis algo... —Guardó un par y tiró el resto a los sucios adoquines—. Para compensaros.

Bostro miró abajo, apenas más impresionado que por la tierra del monedero de Alex.

—¿No era una puta princesa?

—Cuando las anuncian los heraldos, suele ser sin el «puta» delante, pero sí.

—¿Y eso de ahí es lo que vale su vida?

—Ah, no, no —dijo el duque Miguel. Su siervo hincó una rodilla con elegancia junto a él, abrió su abrigo y sacó una gran espada, con la sucia vaina surcada de brillante alambre y el maltratado pomo de oro vuelto hacia su amo. El duque apoyó la yema del dedo en él—. Es lo que valen las vuestras.

La decimotercera virtud

—Soy... el...

El hermano Díaz dejó caer el dobladillo de su hábito, que había tenido que recogerse a la altura de las rodillas como una novia acalorada que llegara tarde a su boda, y sus pisadas resonaron en el pulido y brillante mármol mientras correteaba por los laberínticos pasillos del Palacio Celestial sometido a crecientes cotas de sudoroso pánico.

—Soy... el...

Había resbalado al pisar una zona de saliva reciente, donde un grupo de penitentes de alta categoría estaba fregando el suelo a lametones, y creía que podía haberse hecho daño en la ingle. Todo aquello distaba mucho de ser la solemne y digna marcha que había soñado hacer por aquellos sagrados corredores hacia el lugar donde por fin se reconociese su valía. Dios, la cabeza le daba vueltas. ¿Estaría desmayándose? ¿Estaría muriendo?

—¿Hermano Eduardo Díaz? —preguntó la secretaria, de exagerada estatura.

Ese nombre le sonaba de algo.

—Creo que sí. —Apoyó en la mesa los dos puños, esforzándose por controlar los resuellos y parecer digno de un puesto respetable en la parte media de la jerarquía eclesiástica—. Y debo... disculparme... por llegar tarde. —Logró, con heroico esfuerzo, impedirse

vomitara—. ¡Estaban todas las calles llenas de condenada gente con gota por el Día de San Aelfrico! Y el cochero...

—Llegáis temprano.

—... no ha sido nada cooperativo, así que... ¿Qué?

La secretaria se encogió de hombros.

—Esto es la Ciudad Santa, hermano Díaz. Cada día se celebra al menos una onomástica, y la gente siempre llega tarde. Concertamos todas las citas teniéndolo en cuenta.

Díaz flaqueó de alivio. ¡La dulce santa Beatriz no le había fallado al final! Se habría dejado caer allí mismo de rodillas para agradecerse entre sollozos, de no temer que ya nunca podría levantarse de nuevo.

—Pero no os preocupéis. —La secretaria descendió desde lo que debía de ser un taburete muy alto, revelándose sorprendentemente bajita—. La cardenal Zizka ha despejado su agenda y quiere que os haga pasar de inmediato.

Señaló hacia una puerta con un ademán de directora de circo. Había un hombre grandote, de cara escarpada y nudillos torcidos, sentado en un banco junto a la puerta, quizá esperando la hora de su propia entrevista. Tenía los ojos fijos en el hermano Díaz, y una quietud tan perfecta que parecía que pudieran haber construido el Palacio Celestial a su alrededor. Su pelo muy corto era de color gris hierro y atravesado por dos grandes cicatrices, y su barba muy corta era de color gris hierro y atravesada por al menos tres cicatrices, y sus cejas grises eran más cicatriz que ceja. Parecía un hombre que se hubiera pasado medio siglo cayendo por una montaña. Una muy afilada.

—Un momento —murmuró el hermano Díaz—. ¿La cardenal Zizka?

—En efecto.

—Tenía entendido que iba a reunirme con Su Santidad la Papisa. Iba a concederme un beneficio y...

—No.

¿Podía ser que las cosas empezaran a mejorar? Su Santidad quizá fuese el Corazón de la Iglesia, pero cada día asignaba un mi-

llar de puestos, canonjías y prebendas irrelevantes a un sinfín de sacerdotisas, monjes y monjas irrelevantes, cabía suponer que dedicándoles tan escasa atención como un vendimiador a cada uva individual.

Una reunión con la cardenal Zizka, líder de la Curia Terrenal, era otro asunto muy distinto. Zizka era la indiscutible ama de la colosal burocracia y los enormes ingresos de la Iglesia. Solo prestaba atención a quienes eran dignos de ella. Si esa mujer había despejado su agenda...

—Bueno, pues... —El hermano Díaz se secó el sudor de la frente, se pasó el pañuelo con delicadeza por el labio hinchado, se enderezó el torcido hábito y sonrió por primera vez desde que cruzara las puertas de la Ciudad Santa. Empezaba a parecer que la dulce santa Beatriz se había excedido y todo—. ¡Anunciadme, os lo ruego!

Teniendo en cuenta que representaba la misma cumbre del poder eclesiástico, el despacho de la cardenal Zizka resultaba un poco decepcionante. Era un espacio inmenso a ojos de un monje rural, pero daba una sensación apretadísima por culpa de aquellas vertiginosas pilas de papeles erizadas de cintas, marcadores y sellos, desplegadas en los bancos que había a ambos lados con la precisión de dos ejércitos rivales a punto de entablar batalla. El hermano Díaz había esperado esplendor: frescos, terciopelo y mármol, con querubines dorados ocupando todas las esquinas. Pero el mobiliario embutido en la fina franja de suelo que delimitaban aquellos acantilados gemelos de burocracia podría describirse como soso y práctico. La pared del fondo era una vacía extensión de piedra, con unas extrañas ondulaciones, como si se hubiera derretido y luego fluido hasta endurecerse donde estaba, con toda probabilidad algún vestigio de las antiguas ruinas sobre las que estaba construido el Palacio Celestial. La única decoración era un cuadro pequeño y más bien violento que representaba la Flagelación de san Bernabé.

A primera vista, lo cierto era que la cardenal Zizka también defraudaba un poco. Era una mujer robusta con una melena de pelo entrecano, muy atareada en ir cogiendo papeles del montón que tenía a su izquierda, firmarlos con una decepcionante mala letra y

añadirlos a la pila de su derecha. Parecía haber dejado la cadena dorada de su cargo enganchada de cualquier manera en un pico del respaldo de su silla, y la pechera de sus vestiduras estaba adornada solo por migajas de pan.

De no ser por el sombrero rojo de cardenal que estaba abandonado bocabajo en la mesa, uno podría haber tomado aquello por el despacho de alguna escribana inferior, ocupada en los tediosos asuntos de una escribana inferior. Pero, como habría dicho la madre del hermano Díaz, eso no era excusa para olvidar sus propios modales.

—Eminencia —declamó, dedicándole su mejor inclinación formal.

Cayó en saco roto, ya que Zizka ni siquiera alzó la mirada del raspar de su pluma.

—Hermano Díaz —dijo la cardenal con voz áspera—, ¿os está gustando la Ciudad Santa?

—Es un lugar donde se respira... —Díaz hizo un educado carraspeo—. Una extraordinaria espiritualidad.

—Ah, eso sin duda. ¿Dónde más puede una comprar un pene disecado de san Eustaquio en tres puestos distintos que no distan ni una milla entre sí?

El hermano Díaz no sabía muy bien si tomárselo como una broma o como una crítica mordaz, de modo que acabó sonriendo y negando con la cabeza a la vez, en un intento de reaccionar a ambas, mientras murmuraba:

—Todo un milagro, ya lo creo.

Por suerte, la cardenal aún no había levantado los ojos.

—Vuestro abad habla muy bien de vos. —Y más le valía, después de todos los favores que le había hecho el hermano Díaz—. Dice que sois el administrador con más futuro que ha pisado su monasterio en años.

—El abad me honra en demasía, excelencia. —El hermano Díaz se lamió los labios ante la perspectiva de liberarse de los asfixiantes confines de ese mismo monasterio para obtener todo lo que merecía—. Pero procuraré serviros bien, a vos y a Su Santidad, en cual-

quier puesto que tengáis a bien asignarme, hasta los mismísimos límites...

Se sobresaltó al oír que daban un portazo a su espalda, y al volverse vio que el hombre gris y cicatrizado que estaba en el banco de fuera lo había seguido al interior del despacho de Zizka. Enseñó unos dientes maltrechos y ocupó una de las duras sillas ante el escritorio de la cardenal.

—Hasta los mismísimos límites —perseveró un dubitativo hermano Díaz— de mis capacidades como...

—No sabéis lo mucho que me reconforta oírlo.

Su eminencia por fin dejó caer la pluma a la mesa, depositó con cuidado el último documento en la cima de su montón, se frotó el índice manchado de tinta con el pulgar manchado de tinta y levantó la mirada.

El hermano Díaz tragó saliva. La cardenal Zizka quizá tuviera el despacho soso, el mobiliario mundanal y la tinta en los dedos de una escribana inferior, pero sus ojos eran los de una dragona. Un ejemplar particularmente formidable que no soportaba a los necios.

—Este es Jakob de Thorn —dijo, señalando con la cabeza al recién llegado.

Aquella cara como una tabla de cortar ya había sido inquietante en el pasillo, pero arrojada a la entrevista privada del hermano Díaz resultaba de lo más angustiosa. Más o menos del mismo modo que hallar a un mendigo en tu portal podría ser un mero suceso de mal gusto, pero encontrártelo en tu cama provocaría una considerable alarma.

—Es caballero templario al servicio jurado de Su Santidad —añadió la cardenal Zizka, lo cual distaba mucho de ser una explicación e incluso más de ser tranquilizador—. Un hombre de dilatada experiencia.

—Dilatada —repitió el caballero, y esa única palabra gruñida salió de su boca inmóvil como un puñado de gravilla vieja de entre ruedas de molino nuevas.

—Su guía y sus consejos, por no mencionar su espada, os serán de gran valor.

—¿Su... espada? —preguntó el hermano Díaz, que ya no estaba seguro de dónde lo llevaría aquella entrevista, pero no le hacía ninguna gracia la idea de poder necesitar una espada cuando llegase.

La cardenal Zizka entornó los ojos un ápice.

—Vivimos en un mundo cercado de peligros —dijo.

—¿Ah, sí? —preguntó el hermano Díaz, y luego, después de meditarlo, convirtió la pregunta en triste observación—. Ah, sí. —Y, por último, en adusta afirmación—. Ah, sí.

Aunque no personalmente en su caso, por supuesto. El hermano Díaz vivía en una celda pequeña, pero bastante cómoda, ahora que se paraba a pensarlo con detenimiento. Tenía vistas al mar y, en esa época del año, la brisa le llevaba el aroma del enebro. Empezaba a albergar la insidiosa sospecha de que el aroma a enebro no formaba parte de los peligros a los que se refería la cardenal. Sus sospechas se confirmaron casi al momento.

—La Iglesia de Oriente y la de Occidente están en cisma —afirmó su eminencia, que parecía fulminar con la mirada una lejana acumulación de amenazas a través de la cabeza del hermano Díaz.

—Tengo entendido que el Decimoquinto Gran Concilio Ecuménico sirvió de poco a la hora de resolver los asuntos pendientes —lamentó el hermano Díaz, confiando en impresionar a la cardenal con sus conocimientos sobre actualidad y teología a la vez.

Sabía que en la Iglesia de Oriente había clérigos varones, que allí vestían la rueda en vez del círculo y que había una furibunda discusión sobre la fecha de la Pascua, pero lo cierto era que apenas comprendía en absoluto cuáles eran las discrepancias más profundas. Poca gente lo sabía ya.

—Los muchos príncipes codiciosos de Europa hacen oídos sordos a su deber sagrado y se dedican a sus rencillas internas por el poder terrenal.

El hermano Díaz alzó una mirada pía hacia el techo.

—Todos afrontarán su juicio en el más allá.

—Preferiría que lo afrontaran en el más acá —replicó la cardenal Zizka, con un matiz en la voz que le erizó a Díaz los pelillos del brazo—. Y entretanto, nos asola una verdadera infestación de mons-

truos diversos: duendes, troles, brujos, hechiceros y otros practicantes de las muchas repugnantes caras del Arte Negro.

El hermano Díaz se quedó sin palabras por un momento, de modo que se conformó con hacerse la señal del círculo en el pecho.

—Por no mencionar —añadió la cardenal— los poderes incluso más diabólicos, que planean la ruina de la creación desde la eterna noche aullante más allá del mundo.

—¿Demonios, eminencia? —susurró el hermano Díaz, haciéndose el círculo con un entusiasmo incluso mayor.

—Y luego, por supuesto, está la amenaza apocalíptica de los elfos. No permanecerán en Tierra Santa por los siglos de los siglos. Los enemigos de Dios emergerán otra vez desde el este, trayendo consigo su fuego impío, y su pecaminoso veneno, y sus endemoniados apetitos.

—Condenados sean —graznó el hermano Díaz, que amenazaba ya con desgastar un círculo en la parte delantera de su hábito—. ¿Eso es inevitable, eminencia?

—Se ha consultado a los oráculos del Coro Celestial y no dejan lugar a dudas. Vivimos en un mundo sumido en la tiniebla, un mundo en el que nuestra Iglesia es el único punto de luz. La única esperanza de la humanidad. ¿Permitiremos las personas justas que esa luz se extinga?

Esa pregunta sí que era fácil.

—Jamás, eminencia —dijo el hermano Díaz, haciendo vigorosas negativas con la cabeza.

—Y en esa batalla de lo que solo cabe describir como el bien contra lo que solo cabe describir como el mal, la derrota es inconcebible.

—Siempre, eminencia —dijo el hermano Díaz, haciendo vigorosos asentimientos con la cabeza.

—Estando en juego la creación de Dios y todas las almas que contiene, la medida sería una necedad. La medida sería una cobarde negligencia en nuestro deber sagrado. La medida sería... un pecado.

El hermano Díaz tenía la angustiosa sospecha de estar internándose en inestable terreno teológico, igual que un oso torpe persiguiendo a conejos hasta el interior de un lago medio congelado.

—Hum...

—Llega un momento en que hay tamaña enormidad en juego que las objeciones morales devienen ellas mismas en inmorales.

—¿Ah, sí? O sea, ah, sí. Quiero decir: ah, *sí*. ¿Sí?

La cardenal Zizka sonrió. Aquella sonrisa fue, por algún motivo, incluso más inquietante que su ceño fruncido.

—¿Conocéis la Capilla de la Santa Conveniencia?

—Hum... no creo que...

—Es una de las trece capillas que hay dentro del Palacio Celestial. Una de las más antiguas, de hecho. Tan antigua como la misma Iglesia.

—Tenía entendido que hay doce capillas, una para cada una de las Doce Virtudes.

—A veces hace falta echar la cortina sobre ciertos hechos lamentables. Pero aquí, en el mismo corazón de la Iglesia, debemos mirar más allá de la mera apariencia de virtud. Debemos lidiar con el mundo tal y como es, valiéndonos de las herramientas disponibles.

¿Aquello era algún tipo de prueba? Dios, el hermano Díaz esperaba que sí. Pero, en caso de serlo, no tenía ni la más remota idea de cómo superarla.

—Eh... Esto...

—La Iglesia debe, por supuesto, mantenerse fiel a las enseñanzas de nuestra Salvadora. Pero existen tareas que hay que llevar a cabo y métodos empleados para los que las personas fieles e irreprochables... no son adecuadas.

El hermano Díaz supuso que, apurando mucho el ángulo, podría vérselo el sentido a ese argumento, pero él no quería tenerlo ni cerca. Lanzó un vistazo hacia Jakob de Thorn, pero no encontró allí ninguna clase de ayuda. Parecía un hombre cuyos métodos eran de lo más reprochables.

—No estoy seguro de comprender del todo...

—Esas tareas las lleva a cabo, y esos métodos los emplea, la congregación de la Capilla de la Santa Conveniencia.

—¿Congregación?

—Dirigida por su vicario.

Y Zizka enarcó las cejas en una mirada significativa. El hermano Díaz no pudo impedir que las suyas se alzaran en imitación. Se llevó un reticente dedo al pecho.

—Su Santidad —afirmó la cardenal— os ha seleccionado a vos para este honor. Baptiste os presentará a los miembros a vuestro cargo.

El hermano Díaz se volvió por segunda vez y encontró a una mujer apoyada en la pared tras él, cruzada de brazos. No habría sabido decir si la tal Baptiste se había colado sigilosa en el despacho o si llevaba allí desde el principio, y no le gustaba ninguna de las dos posibilidades. Al hermano Díaz le costaba determinar su procedencia, más allá de situarla en alguna de las muchas costas mediterráneas, y tuvo la impresión de que era tan problemática como Jakob de Thorn, solo que en sentido opuesto. Su vestimenta era tan ostentosa como anodina la de él, su amplio rostro tan expresivo como austero el del hombre. También ella tenía cicatrices. Una que le cruzaba los labios. Una bajo el rabillo de un ojo, que recordaba a una lágrima, en extraño contraste con la risueña sonrisita que asomaba siempre a la comisura de su boca.

La mujer se quitó un sombrero de borde dorado e hizo una reverencia tan profunda que su mata de rizos oscuros rozó las baldosas, antes de enderezarse, apoyar la espalda y cruzar una bota de hebillas doradas sobre la otra, en una muestra de despreocupación que resultaba sumamente ofensiva al compararla con el creciente pánico del propio hermano Díaz.

—¿Y ella... pertenece a mi rebaño? —tartamudeó.

Aquella sonrisita creció hasta enseñar los dientes.

—Beee —dijo la mujer.

—Baptiste es lo que podría llamarse, dentro del contexto único de la capilla... —La cardenal Zizka calló un momento, considerándolo—. ¿Una clériga laica?

Jakob de Thorn dio un extraño bufido. Si hubiera brotado de cualquier otra cara, el hermano Díaz podría haberlo tomado por una risita.

—Vivir unas semanas en un convento fue lo más cerca que he estado nunca de ordenarme. —Baptiste intentó devolver aquel pelo rebelde al interior del sombrero, pero se dejó varios rizos colgando—. No es que las monjas estuvieran encantadas, pero necesitaban el dinero.

—¿Las monjas? —preguntó el hermano Díaz.

—Las monjas tienen que beber, hermano, igual que todo el mundo. Puede que un poquito más. Ha sido un honor para mí prestar asistencia a varios vicarios anteriores de la capilla, entre ellos tu predecesora.

—¿Qué clase de asistencia? —preguntó él, más bien temiendo la respuesta.

La sonrisa de Baptiste se moderó. Tras la cicatriz que le cruzaba la boca tenía dos dientes de oro, uno arriba y otro abajo.

—La que resultara conveniente.

—Parecéis perplejo —intervino la cardenal.

Perplejo era decir poco. El hermano Díaz no estaba nada seguro de en qué se había metido, ni aún menos de cómo, pero estaba desarrollando una fuerte intuición de que quería salir de ahí y, si no lo hacía pronto, sería demasiado tarde.

—Bueno, veréis, lo mío en realidad... es más bien... la burocracia. —Aquella extensión de piedra sin ventanas a la espalda de la cardenal Zizka empezaba a recordarle bastante a una celda de prisión—. Reorganizaba los libros. En la biblioteca. Del monasterio. Esa era mi gran... contribución. —Se esforzó por minimizar los mismos logros que llevaba meses inflando con espectacular descaro—. Cuentas. Papeleos. Alguna negociación que otra sobre derechos de pastoreo y demás. Dedos manchados de tinta. —Soltó una risita, pero nadie más lo hizo y el sonido tuvo una muerte tan dolorosa como la de san Bernabé en su sencillo marco de la pared—. Así que, hum... —Señaló a Jakob de Thorn—. Así que los caballeros y... —Hizo un gesto hacia Baptiste—. Y... —Se dio cuenta de que no sabía qué llamarla y se rindió—. Y los diablos en la noche aullante más allá del mundo...

—¿Sí? —preguntó la cardenal Zizka, con signos de estar cada vez más impaciente.

—Pues que todo eso cae un poco... fuera de mi campo de experiencia.

—¿Tenía experiencia santa Evarista cuando, a los quince años, tomó la lanza de su padre y encabezó la Tercera Cruzada contra los elfos?

—Pero, si no recuerdo mal, santa Evarista acabó... un poquito...

—El hermano Díaz hizo una mueca—. ¿Devorada viva?

La frente de la cardenal se arrugó.

—Estamos en guerra por nuestra misma existencia contra unos enemigos despiadados. Para ganar una guerra, a veces una debe hacer uso de las armas de sus enemigos. Para combatir el fuego, una debe estar dispuesta a emplear el fuego.

La mueca del hermano Díaz se volvió incluso más crispada.

—Pero ¿de ahí no se sigue, eminencia, que para combatir a diablos... deberíais estar dispuesta... a usar diablos?

Jakob de Thorn meció su peso hacia delante, enseñó los dientes y se levantó con rigidez.

—Veo que lo captas —dijo.

—Esta es una grandísima oportunidad —afirmó la cardenal Zizka—. Para que vos medréis. Para que medren los intereses de la Iglesia. Pero sobre todo... —Se levantó, recogió su cadena del respaldo de la silla y se la puso torcida en torno a los hombros, con el círculo enjovado oscilando—. Sobre todo para hacer el bien. —Y se caló el sombrero, indicando contra todo asomo de duda o esperanza que la entrevista había concluido y su resultado era irreversible—. ¿No es por ello que formamos parte de la Iglesia?

Su madre lo había obligado a formar parte de la Iglesia para evitarle un mayor bochorno a la familia. Pero, de algún modo, el hermano Díaz dudaba que aquello fuese lo que quería oír la líder de la Curia Terrenal. Y, si había algo que desde luego caía muy dentro del campo de experiencia del hermano Díaz, era decirle a la gente lo que quería oír.

—Por supuesto —respondió, logrando componer una endeble sonrisa—. Para hacer el bien.

Significara lo que leches significara.

Tanta suerte

Alex estaba junto a la ventana, con un suave viento frío en la mejilla y un fuego cálido a su espalda, frotándose los nudillos vendados y contemplando la Ciudad Santa.

Vista desde tan arriba, en vez de estar aplastada en sus entrañas, parecía un sitio distinto. Un sitio hasta bonito. Jardines y palacios blancos en la cima de las colinas, con estatuas de ángeles en los gabletes. Grandiosas calles y altas casas en las laderas, docenas de chapiteles de iglesias y santuarios rematados con el círculo de la fe. Todo aquello se disolvía en los valles formando una caótica masa de tejados de suburbios, relucientes de humedad por la gélida llovizna que acababa de cesar. Se veían las ruinas que servían a la ciudad de cimientos, de puntos de referencia, de material de construcción: imponentes bloques, pegotes amorfos, paredes en ruinas plagadas de enredaderas, restos de un imperio caído que asomaban de entre el batiburrillo como los huesos de un gigantesco cadáver. Las Hermanas Pálidas emergían como dedos, dos columnas a medio derruir que sobrevivían de un inmenso templo, sobre las que unas astutas sacerdotisas habían construido sendos campanarios rivales que se alzaban sobre la ciudad y tañían uno al otro a cada hora de rezar como bebés gemelos exigiendo a chillidos la atención de mamá.

Desde allí arriba nunca se adivinarían los conflictos y las dificultades que tenían lugar a sus largas sombras, donde una tendría las mismas posibilidades de llegar a sentir un vientecillo fresco como un elfo de llegar al paraíso. La basura humana, trepando sobre sí misma como hormigas en un hormiguero. Las mentiras y los empujones y el dolor por situarse un paso por delante. Llegaban hasta allí arriba retazos de himnos y gritos de buhoneros, tenues en el viento frío, el clamor de la fe y la furia amortiguados por la distancia, como si nada de todo aquello debiera seguir siendo mucha preocupación para Alex.

Unas monjas la habían bañado, la habían frotado a conciencia y le habían puesto un batín que tenía caras de santos cosidas en hilo de plata, y el cuello envuelto en una piel tan cálida contra su mejilla que le daba ganas de llorar. Alex apenas reconocía su propia cara en el espejo. Apenas reconocía sus propias manos sin la mugre bajo las uñas mordidas. Dudaba que hubiera estado tan limpia jamás y no estaba segura de que le gustase: no dejaba de acosarla el tacto de su propio pelo, después de que le cortaran los mil enredos y se lo cepillaran hasta sacarle brillo.

Se habían dejado allí el cepillo. De plata, con ámbar en el mango. Alex no dejaba de preguntarse en cuánto lo tasaría Gal la Monedero, y cuánto más valdría en realidad. Su mano insistía en acercarse a él poco a poco, con un dedo haciendo tic, tic, tic en el alféizar. A sus ojos no habría sido un robo, sino solo recoger algo que habían tirado.

Si no querías que te robaran el cepillo, más te valía no dejarlo donde estaba una ladrona...

Un toc, toc en la puerta y Alex retiró la mano de golpe, con un repentino aporreo en el corazón, anhelando escabullirse por la ventana y bajar por un desagüe, mientras la frenética voz de su cabeza le gritaba que estaba siendo la prima de alguna estafa y no tardaría en sufrir por ello.

Pero también había una voz más fría y suave, una voz susurrándole que podría sacar más de aquello que un buen cepillo. Mucho más. Solo tenía que mentir bien, y ¿acaso no era una mentirosa?

Había interpretado tantos papeles que ya apenas sabía cuál era ella. Era una cebolla hecha solo de capas, sin nada en el interior.

Así que inhaló una lenta bocanada y dejó de apretar los puños, trató de desembarazarse de su tensión habitual y aparentar que merecía estar allí. Trató de canturrear un «adelante» como lo haría una princesa, pero acabó ululando el «ade-» y luego compensándolo demasiado en el «-lante», así que sonó como una paloma convirtiéndose en puerco y Alex se encogió por la pifia mientras se abría la puerta.

En el umbral estaba su improbable salvador, el supuesto duque Miguel. Lucía una sonrisa incómoda, como si no terminara de confiar en ella, lo cual demostraba sensatez, ya que Alex era una rata traidora, pregúntale a cualquiera.

—Bueno —dijo Miguel—, ¿mejor así?

Alex se pasó un mechón por detrás de la oreja en un gesto que intentaba ser afable, pero apenas sabía lo que significaba afable, no digamos ya cómo se fingía serlo.

—Ya no tengo pescado en el pelo —respondió.

—¿Te están tratando bien?

—Mejor que esos cabrones del mercado. Tendrías que haberlos matado y quedarte el dinero.

O, mejor aún, habérselo dado a ella.

—El Todopoderoso tiende a oponerse al asesinato —dijo el duque Miguel— si no recuerdo mal las Sagradas Escrituras.

—Que yo sepa, hace un montón de excepciones.

—Dios puede permitírselo, ya que es muy improbable que lo apuñalen en una lonja de pescado.

—Tú llevabas espada.

—Si algo he aprendido en todos mis años de usarlas es que un hombre con espada muere igual de fácil que uno sin ella, y en general mucho más pronto. Además, no podía poner en peligro a Eusebio. Los duques nuevos se crean con una palabra, pero los buenos sirvientes hay que atesorarlos. ¿Puedo pasar?

Alex no creía que se lo hubieran preguntado jamás. Nunca había tenido un sitio de su propiedad. Eso y que la gente con quien tra-

taba no solía ser de la que pedía permiso. Así que disfrutó de hacer una breve pausa antes de dar un altivo golpe de cabeza y responder:

—Puedes.

—Supongo que tendrás... alguna pregunta —dijo el duque Miguel mientras entraba en la estancia.

—Una o dos. —Alex trabó la mirada con él y se puso seria—. Antes que nada, ¿esto es un asunto sexual?

Él se echó a reír.

—No. Dios, no, en absoluto.

—De acuerdo. Bien.

Alex trató de ocultar su alivio. No iba a tener que negociar los términos que se había estado planteando por si acaso sí que hubiera sido un asunto sexual.

—Soy tu tío, Alex. Llevaba mucho tiempo buscándote. —Dio un paso hacia ella—. Ahora estás a salvo.

—A salvo —murmuró Alex, y tuvo que impedirse dar un paso atrás. Estaba incluso más perdida con un «a salvo» que con un «¿puedo pasar?». ¿Su tío rico, aparecido de la nada para revelar lo especial que era? Demasiado bueno para ser cierto se quedaba cortísimo—. ¿De verdad eres duque?

—Lo soy, aunque... no tengo ducado, por el momento.

—Menudo descuido, perder un ducado.

—Me lo robaron. —Dio otro paso hacia ella—. ¿Sabes algo sobre la política del Imperio Oriental?

Alex podría haberle dado una lección decente sobre la política de los arrabales, pero el Imperio Oriental siempre le había parecido un lugar muy lejano.

—Puede que haya unas pocas lagunas en mi educación.

—¿Has oído hablar de la emperatriz Teodosia la Bendita?

—Cómo no —mintió Alex.

—Tuvo tres hijos. Irene, Eudoxia... y yo.

—¿Tu madre era emperatriz?

—Tu abuela era emperatriz, sí. Y muy grande. Cuando murió, debería haberse coronado mi hermana mayor, Irene, pero Eudoxia, la pequeña... —El duque Miguel apartó la cara y se le quebró la

voz—. Eudoxia la asesinó y usurpó el trono. Hubo una guerra civil. —Tenía la mirada perdida en el fuego y meneaba la cabeza como si le pesaran las penas—. Hubo guerra, y hambruna, y un cisma entre la Iglesia Oriental y la Occidental, y la gran ciudad fortificada de Troya se pudrió desde dentro. Los siervos de Irene sacaron a su hijita a escondidas para llevarla a la Ciudad Santa, bajo la protección de la papisa. Pero se perdió de camino. Asesinada también, creí durante mucho tiempo. —El duque alzó la mirada hacia Alex—. Se llamaba Alexia.

—¿Y crees... que soy yo?

—Sé que eres tú. Está la marca de nacimiento en el cuello, y esa cadena que llevas.

Señaló hacia unos pocos eslabones que se veían dentro de aquel lujoso cuello de pieles. Alex se arrebujo en el batín para taparlos.

—No tiene ningún valor.

—Te equivocas. ¿Por casualidad el colgante es media moneda?

Muy despacio, Alex lo sacó. El brillante disco partido de cobre pendía al final, pulido por años de rozar contra su piel, con el borde serrado destellando.

—¿Cómo lo has sabido?

Él metió la mano en su propia ropa y sacó también una cadanita, y los ojos de Alex se ensancharon al ver, colgando de ella, otra media moneda. El duque Miguel se acercó para sostener su colgante junto al de ella, y Alex sintió que se le erizaban los pelillos de la nuca al comprobar que los bordes encajaban a la perfección. Eran una sola moneda.

—Se te dio ese colgante el día que abandonaste Troya. Para que no cupieran dudas sobre tu identidad. Pero yo lo he sabido nada más verte. —Miguel sonrió y en su expresión ya no había incomodidad, y parecía tan cálida y abierta que casi convenció a Alex—. Hasta con pescado en el pelo y alguien agarrándote del cuello. Eres clavadita a tu madre.

—Hum... —Alex tragó saliva—. No la recuerdo.

—Era la mejor de los tres. Siempre tan valiente. Tan firme.

Y tomó la mano buena de Alex y la vendada y las sostuvo en la suya. Tenía unas manos grandes y fuertes, y cálidas, y cuando Alex hubo sofocado su instinto de zafarse, había algo sorprendentemente tranquilizador en su contacto.

—Escucha —gruñó—, no sé nada... sobre ser princesa.

—Lo único que quiero —dijo él— es que seas... tú misma.

Alex dudaba mucho que hubiera dicho lo mismo si la conociese mejor. Pero Gal la Monedero siempre decía: «No interrumpas al primo mientras está cometiendo un error», y el duque fruncía el ceño mirando al suelo, así que Alex dejó que siguiera hablando.

—Supe hace unas semanas que mi hermana Eudoxia había muerto. Para gran tristeza de nadie. Hay quienes dicen que por veneno. Otros, que por un experimento que salió mal, por un último acto de soberbia hechiceril...

—¿Hechiceril? —murmuró Alex, incrédula.

—Sea cual sea la causa, isu trono está desocupado! —Los ojos de Miguel regresaron de golpe hacia los suyos—. Es el momento de que regreses.

Las cejas de Alex habían ascendido más si cabe.

—¿A un trono?

—Al Trono Serpentino de Troya.

En su primer encuentro, aquel hombre la había proclamado princesa. En el segundo, estaba poniendo el puesto de emperatriz en la mesa. A ese ritmo, Alex sería un ángel a la hora de merendar y una diosa al anochecer.

—¡Qué ganas tengo de que lo veas, Alex! —exclamó él, con los ojos brillantes—. ¡La Columna, levantada por los ingenieros brujos de la antigua Cartago, domina la ciudad, proyectando su sombra sobre el puerto entero! Y en su cima, los famosos Jardines Colgantes, más hermosos de lo que puedas imaginar, regados con el agua de arroyos de montaña traída por el Gran Acueducto.

La agarró de un hombro y extendió la otra mano como si el paisaje se extendiera ante ellos.

—¡La Basílica de la Visitación Angelical se alza sobre el verdor, atestada de peregrinos llegados para contemplar las reliquias de las

grandes cruzadas! Y el palacio, también, y el Pharos elevándose sobre ellos, el mayor faro de Europa, ¡y encima de él la Llama de Santa Natalia, refulgente como una estrella, guiando hacia su hogar a los hijos y las hijas de Troya! —Se volvió hacia ella, le agarró el otro hombro y la sostuvo con los brazos rectos—. ¡Nuestro hogar, Alex!

Ella parpadeó alzando la mirada. Sus instintos, adquiridos de distintas formas duras con el paso de los años, la llevaban a tratarlo todo como si fuese mentira y, ¿alguna vez se había oído una sarta de sandeces más ridícula que aquella?

Y, sin embargo, allí estaba ella. En el Palacio Celestial. Calentita por primera vez en semanas. Con un cepillo que valía más que sus manos. Llevando un batín que valía más que su cabeza. Y había algo en aquel cabrón que daba una condenada sensación de plausibilidad. Alex empezaba a pensar que quizá ese hombre fuese quien decía ser. Casi empezaba a pensar que quizá *ella* fuese quien él decía.

El duque Miguel pareció recobrar la compostura y apartó las manos.

—Sé que esto debe de ser... difícil de asimilar. Sé que debe de dar miedo. Pero estaré contigo a cada paso del camino.

—Yo nunca he tenido... familia.

Alex casi ni sabía ya si estaba diciendo la verdad o interpretando un papel. Supuso que mejor así. Ahí era donde se hallaban las mejores mentiras.

—Lo siento mucho, Alex. Que me costara tanto encontrarte. Durante muchos años... había perdido la esperanza. Déjame compensártelo. Déjame ayudarte ahora.

El duque tenía los ojos algo húmedos, así que Alex pensó que sería adecuado que los suyos también lo estuvieran. Y nunca le costaba demasiado encontrar recuerdos tristes.

—Lo intentaré —dijo, y se sorbió la nariz, y parpadeó para contener las lágrimas, y compuso una sonrisita tímida, y se quedó bastante satisfecha con su actuación.

—No puedo pedirte más. —Miguel se secó los ojos con la manga—. Hay mucho que hacer. ¡Tienes que hablar con la cardenal

Zizka! Ella nos ayudará. ¡Pronto, Alex, regresaremos al lugar que nos corresponde!

Sonrió, ya sin el menor atisbo de incomodidad, y cerró la puerta después de marcharse.

A Alex le habían dicho cuál era el lugar que le correspondía unas cuantas veces. La cárcel. Una cuneta. Una tumba poco profunda. El infierno, según a quién se le preguntara. Tanta suerte debía de tener una cuchilla oculta en algún sitio, pero ¿qué opciones le quedaban?

Le debía a Papá Collini el doble de lo que ella misma valía, incluso poniéndose un precio muy generoso a sí misma, y esa ni siquiera era su única deuda. Le había pedido prestado dinero a la Reina de Bastos para hacerle trampas a la Pequeña Suze jugando a las cartas, pero resultó que Suze era mejor tramposa que Alex, así que había terminado endeudada también con Suze, que estaba dispuesta a cortarle la nariz si no cobraba, y con la Reina de Bastos, que le rompería las rótulas, y seguía debiéndole dinero a Papá Collini, que la dejaría con menos dientes y dedos, y luego, cuando se enterase de las otras dos deudas, posiblemente también sin ojos.

Así que muchísimas gracias, pero a la mierda todo eso.

Por muchas dudas que tuviera sobre aquel asunto de ser princesa, había llegado en el momento perfecto. Interpretaría el papel, y sacaría lo que pudiera sacarse, y cuando pareciese que llegaban los problemas, podía dejar tirado a su supuesto tío en cualquier sitio del tortuoso camino hacia Troya y buscarse un nombre nuevo que usar y un lugar nuevo donde instalarse.

«Tienes que tratar a las personas como si fuesen naranjas —decía siempre Gal la Monedero—. Exprímeles todo lo que puedas a los muy hijos de puta, y luego no desperdicies ni un remordimiento cuando tires su corteza arrugada». Había que tratar a la gente como piedras al cruzar un río. Como peldaños de tu escalera. O un buen día ibas a levantarte sin nada más que un juego de huellas de bota en tu propia espalda.

Alex no pudo contener la sonrisa que se extendía por su cara. Llevaba ya un tiempo sin probar a hacerlas y le gustó la sensación.

Empezaba a pensar que el duque Miguel podría ser una piedra que llegaba a algún lugar estupendo. No sabía muy bien dónde, en concreto. Llevaba ya un tiempo sin mirar más allá de la siguiente comida. Pero ya lo iría resolviendo sobre la marcha. Alex era rápida pensando, pregúntale a cualquiera.

Apoyó los codos en el alféizar, con el suave viento frío en la mejilla y el fuego cálido a su espalda, y sonrió mirando hacia los arrabales. Se alcanzaba a distinguir las personas moviéndose, si una forzaba la vista. Pero estaban muy abajo. Alex no pudo evitar frotarse aquellas adorables pieles contra la cara otra vez, y soltar una pequeña risita.

Luego se guardó aquel cepillo en la manga.

Por si las moscas.

Un rebaño de ovejas negras

El hermano Díaz se dio la vuelta despacio, con la cara hacia arriba y la boca abierta sin remedio, embriagado de asombro.

—Qué preciosidad...

La Capilla de la Santa Conveniencia sería unas cuatro veces más alta que ancha, un resonante pozo de mármol multicolor iluminado por angelicales rayos que llegaban desde una cúpula en lo alto. Unas hornacinas contenían esculturas de las Virtudes en forma humana y las paredes rebosaban de cuadros de los setenta y siete santos principales y un espectacular surtido de los inferiores. Había un púlpito de pórfido que no habría defraudado a nadie en el centro de una catedral, con un ejemplar de las Escrituras tachonado con gemas abierto en el atril.

En *su* atril, se percató el hermano Díaz, y el asombro empezó a derretirse bajo un cálido resplandor de satisfacción. Su púlpito, su capilla. Tenía que reconocer que nunca se le había dado muy bien predicar. Pero ¿en un sitio como aquel? Se las apañaría.

—Sí que es una preciosidad. —Baptiste le pasó un brazo por los hombros con demasiada familiaridad y señaló hacia un cuadro—. Ese san Esteban lo pintó Havarazza.

—¿Ah, sí?

—Lo conocí, de hecho.

—¿A san Esteban?

—A Havarazza. —Baptiste se apartó de la cara con modestia un rizo suelto, que volvió a caer sobre ella de inmediato—. Una vez me pintó a mí.

—¿Ah, sí?

—Por aquel entonces no tenía trabajo fijo y estaba haciéndole de dama de compañía a la reina de Sicilia.

—¿Estabas... qué?

—Havarazza la pintaba a ella durante el día. Yo le hacía de modelo al caer la noche. —Se acercó al oído del hermano Díaz para susurrarle—: Quería que fuese sin ropa.

—Eh...

—¡Pero yo le exigí que se la dejara puesta! —Baptiste estalló en carcajadas, y las carcajadas se redujeron a una risita, y la risita se extinguió dejando paso a un incómodo silencio. Se secó los ojos—. Murió de sífilis.

—¿Quién, Havarazza?

—Y la reina de Sicilia al poco tiempo. Saca conclusiones de ahí si quieres. Creo que el cuadro lo tiene el duque de Milán.

—¿El de la reina de Sicilia?

—No, el mío. Era un hombre encantador.

—¿El duque de Milán?

—Puaj, no. Ese es un capullo de mucho cuidado. Me refería a Havarazza. —Baptiste contempló aquel cuadro de san Esteban, con su sonrisa beatífica mientras unos dentudos elfos le machacaban los huevos con unas tenazas al rojo vivo—. Una de esas verdaderas almas puras que te encuentras de vez en cuando.

—Lo... siento muchísimo. Lo de su muerte, claro, no lo de su alma pura.

El hermano Díaz aprovechó para escabullirse de debajo del brazo de Baptiste. No había estado en un contacto tan próximo con una mujer desde hacía muchos años, y el resultado en la última ocasión había distado mucho de ser feliz. Posó una mano afectuosa en uno de las varias docenas de gigantescos cirios que había en la capilla, del doble de su propia altura y gruesos como troncos de

árbol, preguntándose cuánto debieron de costar. Él mismo había cerrado un trato excelente que nadie le había reconocido con el cerero en nombre de su monasterio, así que se hacía una idea aproximada.

—Sí que es una preciosidad de capilla, sí —añadió.

El orgullo no se contaba entre las Doce Virtudes, pero, después de que al hermano Díaz lo dejaran macerar tanto tiempo en la vergüenza, no pudo por menos que visualizar las caras de sus supuestos hermanos en el refectorio cuando les llegara la noticia. ¿Vicario? ¿De una capilla opulenta y exclusiva? ¿Y dentro del Palacio Celestial, para colmo? Se imaginó la monstruosa magnitud de los alardes de su madre, su posterior desprecio por los insignificantes logros de sus verdaderos hermanos, su deferencia al pasarle los platos primero a él, dejando que los demás se pelearan por las migajas y...

La voz áspera de Jakob de Thorn cercenó sus ensoñaciones a la altura de la rodilla.

—No pasaremos mucho tiempo aquí.

—¿Ah, no?

El caballero había metido una mano bajo el atril y hacía muecas mientras buscaba algo a tientas. Se oyó un golpetazo, un traqueteo de engranajes y el púlpito se deslizó a un lado revelando una escalera oculta, que se perdía en las profundidades.

—Tu rebaño está abajo.

El hermano Díaz tragó saliva mientras escrutaba aquella densa oscuridad de debajo de la capilla, notando que le picaban los pelos de la nuca al recordar a la cardenal Zizka mencionando la noche aullante más allá del mundo.

—¿Por qué abajo?

—En parte, por su propia protección.

—Pero sobre todo por la de los demás —dijo Baptiste, cogiendo un candelabro con tres velas titilantes.

Fue mientras la seguía por la escalera cuando el hermano Díaz se fijó en todas las dagas que llevaba encima. Era imposible pasar por alto la enorme vaina que llevaba sujeta al muslo derecho, y la otra solo un poco más pequeña al izquierdo, pero entonces reparó

en otra daga curvada en la parte trasera del cinturón y en el revelador destello de un pomo sobresaliendo de una bota alta y... por la dulce santa Beatriz, dos más en la otra bota.

—Tienes una gran cantidad de cuchillos —murmuró.

—He descubierto que es muy mala idea que se te acaben. —Las velas confirieron a los ojos de Baptiste un brillo juguetón que no encajaba nada bien con el tema—. ¿Cómo iba a apuñalar a nadie entonces?

—¿Apuñalas a gente... a menudo?

—Procuro mantenerlo al mínimo. Nunca asomes el pescuezo, no vayan a retorcertelo. Ese es mi lema. —Baptiste suspiró—. Pero una vida bien vivida, por fuerza, incluye algunos arrepentimientos.

—Por fuerza —murmuró el hermano Díaz, inútilmente.

Detrás de él, Jakob de Thorn estaba dando levísimos gruñidos de dolor con cada pisada rasposa. Las paredes fueron cambiando a medida que descendían. La mampostería adornada dio paso al descuidado ladrillo con mortero de los cimientos, que a su vez dio paso a aquella extraña e ininterrumpida piedra gris, como en la pared del fondo del despacho de Zizka, y la luz de las velas proyectó sombras irregulares en sus protuberancias y ondulaciones. El hermano Díaz estiró el brazo y la rozó con la yema de los dedos. Era muy lisa, y muy dura, y muy fría.

—Los restos de la ciudad antigua —dijo Jakob de Thorn.

—No queda mucho de ella en la superficie —añadió Baptiste volviendo la cabeza desde más adelante—, pero aquí abajo hay leguas y leguas de túneles. Nadie sabe hasta qué profundidad llegan. Lo construyeron todo los ingenieros brujos de Cartago.

El hermano Díaz retiró de golpe los dedos y se los pasó nervioso por el bulto de su hábito que creaba el vial de santa Beatriz. No pudo evitar la sensación irracional de estar descendiendo a las entrañas de un monstruo.

—Es irónico, en realidad —rio Baptiste—. Mucho antes de ser la Ciudad Santa, esto era... bueno... —La luz de su candelabro cayó sobre una pesada puerta, tachonada en hierro, al parecer chamus-

cada por las llamas y con unas profundas tallas que eran varios círculos entrelazados de runas—. ¿Una ciudad impía?

Y Baptiste sonrió por encima del hombro mientras llamaba a la puerta con los nudillos.

El hermano Díaz hizo acopio de valor para afrontar unos horrores inenarrables mientras los cerrojos traqueteaban y la puerta se abría, pero al otro lado había solo un almacén que contenía un fogón y una cacerola, varios cajones y toneles, estantes con vajilla y cubertería y un enorme hombre calvo con una lámpara de aceite de ballena.

Baptiste miró ceñuda hacia otra puerta, aún más pesada y con más runas talladas que la primera.

—¿Todo tranquilo?

—El mago se ha quejado de la comida —dijo el hombretón, con mucho acento, mientras volvía a sentarse ante una mesa y cogía un libro muy pequeño—. Pero, por lo demás, sí. ¿Ese es nuestro nuevo sacerdote?

—El hermano Díaz —gruñó Jakob.

—Ah, ¿castellano?

—Leonés —dijo el hermano Díaz, aunque señalar la distinción parecía un poco absurdo, dadas las circunstancias.

—Encantado de conocerte. Yo soy Hobb. Cuido de los diablos. El hermano Díaz tragó saliva.

—¿Los qué?

—¿La cardenal Zizka no te ha dado la charla?

—Le ha dado la charla —dijo Jakob de Thorn.

—En realidad no son diablos. —Baptiste se había acercado a un largo soporte del que colgaba al menos una docena de argollas con pesadas llaves—. No según la definición.

—Tenéis una gran cantidad de llaves —murmuró el hermano Díaz.

—Bueno, hermano —respondió Baptiste mientras descolgaba una anilla y empezaba a pasar llaves—, es que necesitamos una gran cantidad de cerraduras.

Hobb se echó a reír.

—No te pasará nada. Tú... no te acerques a los barrotes.

—¿A los qué? —masculló el hermano Díaz, viendo cómo Baptiste atacaba una cerradura tras otra.

—No te acerques a los barrotes, no te despistes, no te fíes de nada de lo que digan y seguro que te irá mejor que a tu predecesora.

—¿Qué?

—Esa es la idea —dijo Hobb subiendo una bota a la mesa, y devolvió la atención a su libro—. Y nada de asomar el pescuezo, no vayan a retorcertelo, ¿eh, Baptiste?

—Nunca —respondió ella mientras recorría los últimos dos robustos cerrojos y empujaba con el hombro la segunda puerta, dejando pasar una débil ráfaga de aire fresco desde el otro lado.

—Ese hombre cuida de los diablos —dijo el hermano Díaz, en una especie de gimoteo.

—Pero es de Inglaterra. —Jakob de Thorn lo hizo pasar al otro lado del umbral—. Allí todos son diablos.

Un pasillo se internaba en la penumbra, con las paredes y el techo componiendo una bóveda continua y semicircular de aquella roca que parecía fundida. La única luz procedía de tres cirios en herrumbrosos candeleros, cuya llama oscilaba siniestra iluminando una sucesión de arcadas en la pared izquierda. Casi habría dado la sensación de ser una bodega, si no hubiese rejas bloqueando las aberturas, barrotes de hierro negro gruesos como la muñeca del hermano Díaz, bien asegurados con todavía más cerraduras pesadas. Tragó saliva.

—¿Esto son... celdas? —Y antiguas, por su aspecto—. ¿Qué clase de prisioneros hacían los ingenieros brujos de Cartago?

—Las personas rectas, digo yo. —Baptiste se encogió de hombros—. O las muy retorcidas.

—Gente a la que odiaban —dijo Jakob—. Gente a la que temían.

—Y gente a la que no lograban comprender. —Se oyó un tintineo de cadenas desde la celda más próxima—. En ese aspecto, poco ha cambiado desde entonces. —Un hombre emergió de entre las sombras—. Nuevos carceleros, tal vez. —Era una figura imponente, qui-

zá un patricio de Afrique del Norte, con el pelo y la barba negros salpicados de gris—. Pero la mezquina injusticia, la hipocresía y la opresión son eternas.

Su aire de dignidad ofendida quedaba socavado por dos hechos imposibles de pasar por alto: que llevaba grilletes y una pesada cadena de hierro negro en los tobillos y que iba desnudo como vino al mundo.

Baptiste se apoyó con indiferencia en la arcada.

—Permíteme presentarte a la incorporación más reciente a nuestra pequeña familia. Se llama Baltasar... —Miró hacia el techo con los ojos entrecerrados, haciendo tintinear las llaves colgadas de un dedo—. Siempre se me olvida el resto.

—Baltasar Sham Ivam Draxi. —El hombre ensanchó las fosas nasales con magnificencia—. ¡Y es un nombre que resonará a lo largo de la historia!

—Un eco un poco largo, ¿no te parece? —replicó Baptiste, guiñándole el ojo al hermano Díaz—. Cómo son los hechiceros con sus nombrecitos.

—Soy un mago, necia.

—Ah, claro, yo soy una zopenca y tú un genio. —La sonrisa de Baptiste se ensanchó y sus dientes de oro brillaron—. Por eso tú estás desnudo en una jaula y yo tengo la llave.

—¡Ríe mientras puedas! —El mago apretó la cara contra los barrotes, obligando al hermano Díaz a dar un cauteloso paso atrás—. ¡Pero ninguna cadena me retendrá! ¡Ningún sortilegio me atará! ¡Voy a liberarme y, cuando lo haga, mi venganza será legendaria!

Agitó el puño mientras se iba llevando a sí mismo a cotas incluso más altas de furia, y al hacerlo su polla se mecía, y aunque el hermano Díaz no tenía ningún deseo de verla, por algún motivo no podía dejar de mirarla, y tuvo que levantar una mano para taparse los ojos.

—¿Hace falta que esté en pelotas?

—Estaba rascando tierra de los rincones de la celda y usándola para escribir en su camisa —dijo Baptiste.

—¿Y tan malo sería que escribiera?

—Podría haber sido muy malo —dijo Jakob.

—Es un infame practicante del Arte Negro —explicó Baptiste—, perseguido por los cazadores de brujos durante nueve años y declarado más culpable que culpable por el Tribunal Celestial.

—¿Y no se tiende un poquito a...? —El hermano Díaz carraspeó—. ¿No se quema a la gente por eso?

—En contadas ocasiones se les concede la oportunidad de redimirse mediante una vida de servicio a Su Santidad.

—¿Redimirme? —bufó Baltasar Sham Ivam Draxi—. ¡Ja! La diferencia entre el Arte Negro y el Blanco es un obvio artificio, surgido de la obstinada ignorancia. Ambos se extraen de un mismo pozo. ¡Incluso emergen en el mismo cubo! Y luego vosotros, tarugos, servís dos vasos y declaráis que lo que encaja con vuestros ruines prejuicios es blanco y lo que desafía vuestra deplorable comprensión es negro, cuando en realidad son la misma...

—Estuvo aquel asunto de los cadáveres danzantes —dijo con voz áspera Jakob de Thorn.

—Y lo de los tratos con demonios —añadió Baptiste.

Baltasar lanzó las manos hacia el techo.

—¡Por un demonio que traté, tratademonios me llamaron!

—Tengo que sentarme —murmuró el hermano Díaz, pero no había sillas a la vista.

La siguiente celda estaba pulcramente amueblada con una cama estrecha y bien hecha, dos alfombras desgastadas y una estantería rebosante de libros, entre ellos un buen ejemplar de las Escrituras. Pero no parecía haber nadie dentro.

—¿Solete? —Baptiste dio unos golpes a los barrotes con un sello de hombre que llevaba en el dedo—. Ya puedes salir.

La tal Solete no saltó desde las sombras, ni cobró sustancia de repente. Debía de haber estado ya allí de pie, a plena vista. Pero, por algún motivo que el hermano Díaz no alcanzaba a explicar, fue solo cuando se volvió hacia él, dejando escapar un largo suspiro, cuando captó su presencia.

De otro modo, habría sido imposible no fijarse en aquella cara. Era claramente femenina, espolvoreada de unas pecas muy norma-

les y corrientes, pero se asemejaba a un rostro reflejado en un espejo de feria: de una estrechez imposible en la mandíbula y una amplitud imposible en los marcados pómulos, con una nariz demasiado pequeña y unos ojos que no parpadeaban y eran, con mucho, demasiado grandes.

—Que la Salvadora nos proteja —susurró, haciéndose la señal del círculo sobre el pecho. Como si el mago no hubiera sido ya lo bastante horrible—. Es una elfa.

La prisionera se adelantó y envolvió los barrotes con unos dedos largos como patas de araña.

—¿Sacerdote nuevo?

Habría cabido esperar que una enemiga de Dios hablase con un siseo demoníaco. La vocecilla monocorde, aguda y normal de la elfa fue un poco decepcionante.

—Es el hermano Díaz —dijo Jakob de Thorn.

La elfa lo observó, sin parpadear, como un lagarto.

—Encantada —dijo, y ya no estaba allí.

—¿Por qué...? —susurró el hermano Díaz, con la garganta tan atenazada que apenas lograba componer las palabras—. ¿Por qué hay una elfa bajo el Palacio Celestial?

Baptiste señaló hacia el siguiente grupo de barrotes.

—Por el mismo motivo que hay un vampiro bajo el Palacio Celestial.

La celda contenía al hombre de aspecto más avejentado que el hermano Díaz hubiera visto en la vida. Su cuerpo estaba encorvado, su cara era una máscara marchita, su cuello un pellejo lacio y le quedaban unos pocos mechones flotantes que se aferraban a la arrugada coronilla. Pero su voz sonó rica en cultura y refinamiento.

—Para emprender las labores —dijo— que la gente de arriba rechaza considerar. Soy el barón Rikard, y no puedo menos de disculparme por mi lamentable decrepitud. —Lanzó una mirada hacia el bastón en el que se apoyaba con una mano deforme y temblorosa—. Te haría una reverencia, pero, con el agarrotamiento de mi espalda, temo que jamás me alzaría de nuevo.

—¡Por favor, no os molestéis! —El hermano Díaz no había conocido nunca a un barón y no tenía ni idea de qué rango ostentaba en la laberíntica aristocracia europea, pero sintió la necesidad de comportarse con la mayor educación posible—. Es para mí un honor...

Cuando dio un paso hacia los barrotes, Jakob de Thorn extendió un brazo para detenerlo.

—Mejor no te acerques.

—Sin duda habrás reparado ya en que Jakob puede ser sumamente tedioso. —El barón se aproximó renqueando y lanzó una sonrisa. Tenía unos dientes soberbios para un hombre de su edad, tan perlados y blancos y delicados y puntiagudos que el hermano Díaz anheló inspeccionarlos con más detenimiento—. No sabes lo desprovisto que me hallo de buena conversación, por no mencionar la instrucción espiritual. Tu antecesora no servía en absoluto para tales...

Lo interrumpió la voz rechinante de Jakob de Thorn.

—Mantén la distancia con los barrotes.

El hermano Díaz se sorprendió al ver que, casi sin fijarse, había dado otro paso hacia la celda.

—De verdad, Jakob, pocos hay más conscientes que tú de cuánta sangre contiene un hombre joven y sano. Todos sabemos que no pasa nada si se desprende de una pinta o dos, ¿a que no, hermano Díaz?

Sus ojos tenían un chispeo travieso y Díaz no pudo contener una risita. ¡Vaya un anciano caballero más vivaz y divertido! ¡Qué orgullosa estaría su madre si supiera que había hecho un amigo de tan alta alcurnia! ¿Por qué había que tenerlo enjaulado? Igual podría arrebatarse las llaves a Baptiste y abrir la puerta para que...

La voz de Jakob fue un ladrido de advertencia.

—¡Apártate de la celda!

El hermano Díaz descubrió, para su asombro, que había llegado hasta la misma reja y estaba a punto de pasar el brazo entre los barrotes, justo al lado de la cara ajada del barón. Lo retiró de sopetón, como de un fuego ardiente.

El barón Rikard enroscó la lengua alrededor de un diente afilado y la retrajo con una decepcionada succión.

—Bueno, tampoco se me puede echar en cara que lo intente.

—¿Me estabas arrobando? —preguntó imperioso el hermano Díaz, agarrándose una mano contra el pecho con la otra—. ¿Eso era un arrobamiento?

—Los buenos modales se perciben como magia en esta compañía —gruñó el vampiro—. No son cosas tan distantes como algunos preferirían creer. Se parecen bastante al bien y el mal en ese sentido.

El hermano Díaz dio un respingo indignado.

—¡Creo que todos coincidiremos en que engullir la sangre de inocentes está en el lado maligno!

—Me inclino ante tu experiencia. O lo haría si me lo permitiera la espalda. —El barón dio un suspiro rasposo mientras se volvía—. Si los vampiros hiciéramos juicios morales sensatos, a fin de cuentas... ¿para qué necesitaría el mundo al clero?

En la siguiente celda solo había paja sucia, un cubo, varios grupos de arañazos más bien preocupantes y un hedor animal que al hermano Díaz le recordó a una visita que hizo una vez, y lamentó al instante, a un matadero en Avilés.

—A quien falta aquí de nuestro rebaño —dijo Baptiste— tuvimos que asignarle un alojamiento más seguro a consecuencia de su...

Se rascó el cuello como si estuviera buscando las palabras adecuadas, lo cual no parecía nada buena señal en alguien que generaba tantas como ella.

—Comportamiento inaceptable —aportó Jakob.

—Y eso es quedarnos muy cortos. A veces tenemos más gente a nuestro cargo, a veces menos. Las tareas que se asignan a la Capilla de la Santa Conveniencia llevan a una cierta...

—Agitación —dijo Jakob.

El hermano Díaz estaba sin habla. La verdad, estaba costándole respirar allí abajo. Se notaba mareado. Como si en cualquier momento el suelo fuese a derrumbarse. Intentó de nuevo aflojarse el cuello del hábito. Él solo había querido una vida cómoda, en

algún lugar soleado. Que lo tomaran en serio los frívolos, que lo consideraran sensato los insensatos, que lo tomaran por importante los irrelevantes. Pero, en vez de eso, y por razones que no lograba asimilar, al final se veía obligado a relacionarse con caballeros llenos de cicatrices y modelos a tiempo parcial, a afrontar unos peligros sin especificar pero tan graves como para ser una amenaza a la misma creación, y todo ello sin acercarse demasiado a las celdas en las que estaba retenida su congregación.

—Pasé muchos años en un monasterio —casi gimoteó, a nadie en particular—. Apartado de todo, en la biblioteca más que otra cosa, con un poco de trabajo llevando las cuentas o desbrozando la huerta. —Que Dios lo asistiera, empezaba a desear no haberse ido de allí—. De verdad que no... no tengo ninguna experiencia con... —El gesto del hermano Díaz abarcó la mazmorra de los ingenieros brujos que albergaba al mago desnudo, la elfa desaparecida, el vampiro geriátrico y lo que fuese que tan mal se había comportado para tenerlo en tales compañías—. Con nada de esto.

—Tu antecesora tenía experiencia —dijo Jakob de Thorn.

—Más que nadie en el mundo —afirmó Baptiste, haciendo rodar las llaves en torno a un dedo con gesto triste.

—¿Y qué fue de ella? —preguntó el hermano Díaz, desesperado por hallar un atisbo de luz al final de lo que empezaba a parecer un túnel muy oscuro—. ¿Algún nuevo cargo?

Baptiste hizo una mueca.

—La madre Ferrara era una mujer muy... rígida. Llena de fe. Llena de fervor.

—Mmm —gruñó Jakob.

—Pero las cosas rígidas tienden... bajo presiones extremas... a quebrarse.

—¿Presiones... extremas? —repitió el hermano Díaz.

—Tú lo ves claro. —Baptiste le puso una mano en el hombro. Si el gesto pretendía ser tranquilizador, fracasó estrepitosamente—. La Capilla de la Santa Conveniencia no es lugar donde ponerse... muy dogmático.

—Mmm —gruñó Jakob.

—Por la experiencia que tengo yo, y no sé si he mencionado que mi experiencia es considerable... —Baptiste pasó el brazo por los hombros del hermano Díaz en un medio abrazo no solicitado, y la empuñadura de uno de sus múltiples cuchillos se le clavó en las costillas—. Si lo tratas todo como una pelea, tarde o temprano, y seguramente más temprano que tarde...

—Vas a perder alguna —gruñó Jakob, con la mirada ceñuda perdida en las sombras.

El hermano Díaz carraspeó. Antes nunca tenía que aclararse la garganta, pero en los últimos tiempos sentía la necesidad de hacerlo antes de cada frase.

—Ni se me ocurriría dudar de la amplitud de tu experiencia...

—¡Entonces nos llevaremos de maravilla! —exclamó Baptiste.

—... pero no pareces haberme aclarado qué fue, exactamente, de mi predecesora.

Jakob volvió sus ojos grises de nuevo hacia el hermano Díaz, como si acabase de recordar que estaba allí.

—Está muerta —dijo, y empezó a regresar cojeando por donde habían venido.

—¿Muerta? —susurró el hermano Díaz.

—De cojones. —Baptiste les dio a sus hombros un apretón de despedida—. Está muerta de cojones.

Nacida en la llama

—Nadie tiene dudas, esto... —dijo la cardenal Bock, que era alta y amable pero siempre parecía tener la mente en otras cosas—. ¿Cómo decís que se llamaba?

—Alex —respondió el duque Miguel.

—Nadie tiene dudas, Alex.

No era del todo cierto que nadie tuviese dudas. Alex tenía unas inmensas. No tenía otra cosa que dudas. En cualquier momento iban a darse cuenta de que, en vez de una princesa perdida, lo que habían encontrado era una mierda de persona. Pero Gal la Monedero siempre decía: «Nunca abandones la mentira». Si reconocías la verdad, estabas jodida. Si te aferrabas a la mentira, podía pasar cualquier cosa. Había que mentir hasta el mismo cadalso, mentir con la soga al cuello, dejar que enterrasen tu embustero cadáver todavía ciñéndose a su historia. «La verdad es un lujo que la gente como tú nunca puede permitirse».

—Ahí está tu media moneda —prosiguió la cardenal Bock, que abría la marcha a un paso diabólico por el gélido laberinto que era el Palacio Celestial—. Y la marca de nacimiento, y tu tío está convencidísimo...

—Convencidísimo —asintió el duque Miguel, dedicándole a Alex una sonrisa que ella agradeció bastante.

—... así que nadie de aquí tiene dudas, pero en cuanto llegues a Troya... si llegas a Troya... querrán tener una certeza absoluta. Y, en fin, es comprensible. No es que vayas a heredar la quesería de la abuelita, ¿verdad?

—No —dijo Alex, con una risita un poco ensoñada. Una quesería habría estado bien. Pensaba que podría llevar una quesería. Tenía más o menos el nivel adecuado de responsabilidad.

—Lo único que falta es ese poquito de certeza adicional. Solo el glaseado del bollo. —Bock se dio unas palmaditas pensativas en el estómago y luego miró hacia una de las silenciosas sacerdotisas que correteaban tras ellos—. Hermana Stefanu, ¿puedes tomar nota de salir luego a traerme un bollo? Me he dado un antojo a mí misma. ¿A alguien más le apetece un bollo?

Alex tenía por norma no rechazar comida nunca, pero, antes de que pudiera abrir la boca, la cardenal Bock paró en seco delante de una robusta puerta flanqueada por dos guardias con armadura.

—Es aquí —dijo, y empezó a mover la mano en círculo—. *Azul saz karga*, con esta vara, este aceite, esta voluntad, esta palabra, santifico el portal. *Droz nox karga*, no permitiré que lo atravesie ningún pensamiento pecaminoso, amén. Cerraduras, por favor.

Cada uno de los guardias hizo girar una rueda y se oyó un chirrido mientras unos cerrojos dentados se deslizaban. Era curioso que el mecanismo estuviese en la parte exterior. Como si lo hubieran puesto para impedir que algo saliera, no que entrara. La puerta se abrió con un siseo de aire que escapaba y Bock la cruzó. A Alex no le gustaba ni un pelo la magia, ya fuese Arte Blanco, Arte Negro o algún embustero sonriente con una baraja de naipes. Ya tuvo aquel jaleo cuando la contrataron para robarle aquel libro a aquel hechicero y no había resultado nada bien. Lo que hubiera al otro lado de esa puerta daba la impresión de ser un asunto mucho más gordo y más serio, y se le habían erizado todos los pelillos del cuerpo. Pero cuando miró atrás, el duque Miguel estaba dedicándole otra vez aquella sonrisa tan alentadora, como si de verdad creyese en ella, el muy idiota, y Alex pensó que se

llevaría una decepción si la veía salir por patas. ¿Qué otra cosa podía hacer más que entrar?

Al instante deseó no haberlo hecho. La sala que había al otro lado era inmensa, redonda, con el techo en cúpula, toda pintada de blanco, tan refulgente que casi dolía a la vista después de la penumbra de los pasillos. El suelo pulido tenía una enloquecida confusión de anillos, líneas y símbolos incrustados en brillante metal. Había nueve monjes de pie, situados a intervalos regulares junto a la pared, cada uno sosteniendo algo entre las dos manos apretadas: una vela, una hoz, un puñado de alguna hierba, sus rostros todos perlados de sudor, sus labios todos moviéndose sin cesar, el aire cargado lleno del resonante susurro de sus incesantes plegarias. Alex se sobresaltó al oír un portazo a su espalda, y luego cómo los cerrojos del otro lado rechinaban de vuelta a su sitio.

Para ser alguien que no paraba de pensar en salir huyendo, era asombroso lo mucho que dejaba pasar la ocasión.

La cardenal Bock ya estaba cruzando a zancadas aquel enorme suelo hechiceril, dejando atrás a una escribana de aspecto nervioso sentada a una mesita portátil, en dirección a una sacerdotisa con la cabeza afeitada que estaba cerca del centro, arrodillada con un libro abierto acunado en un brazo, bruñendo obsesiva el suelo con un trapo, y luego echándole el aliento y bruñéndolo de nuevo.

—Estupendo —murmuró Bock—. Estupendo, estupendo; bien, bien, bien. ¿Todos los sellos han sido comprobados tres veces?

La sacerdotisa se levantó y guardó el trapo.

—Y otras tres veces más, eminencia —respondió, y le entregó a Bock una especie de cristal montado sobre un mango.

—¿Braseros llenos, por si hay otro incidente?

—Esta vez no nos superarán, eminencia.

Bock cerró un ojo para escudriñar la sala a través del cristal.

—Esos cabrones siempre están empujando a ver qué costura cede. Recuérdalo. Siempre.

La sacerdotisa de la cabeza afeitada tragó saliva. Alex se fijó en que también se afeitaba las cejas.

—¿Cómo olvidarlo, eminencia?

—Bien, estupendo, excelente. —La cardenal Bock le hizo un gesto a Alex para que se acercara—. A ver, tú no te preocupes, que aquí no hay respuestas equivocadas.

Alex intentó sonreír. Que ella supiera, siempre había respuestas equivocadas, y era muy probable que tardase poco en empezar a darlas.

—Una cosa, antes de que empecemos. —Bock la cogió por los hombros y le hizo dar unos pasos adelante, y luego retroceder una pulgada o dos, hasta que quedó satisfecha—. Quédate dentro del círculo. —Alex siguió su mirada hacia abajo y vio que sus encantadores zapatos prestados habían terminado dentro de una placa circular de latón en el mismo centro del suelo—. Quédate dentro del círculo en *todo* momento. —Bock retrocedió hacia la sacerdotisa del libro mientras le hacía una seña al duque Miguel—. Y si vos pudierais venir aquí conmigo, excelencia... Tenemos que estar al sur de la principal, por supuesto. Tú no te preocupes por nada, esto... ¿Cómo decís que se llamaba?

—Alex —respondió el duque Miguel.

—Tú no te preocupes por nada, Alex, esto es un procedimiento de lo más rutinario. Aunque la rutina no deje de entrañar unos riesgos colosales, claro, y todos seamos muy conscientes de esos riesgos...

Alex tragó saliva.

—Hum...

—Tú quédate dentro del círculo. Pase lo que pase. ¡Ya podéis traerlos!

Se abrieron dos puertas en puntos opuestos de la cámara y entraron dos equipos de cuatro guardias, cargando con sendas sillas sobre barras. Alex tuvo la sensación de que los nueve monjes sudaban más, rezaban más, parecían sufrir más dolor que antes.

En las sillas, con camisones blancos, los ojos vendados y las muñecas y los tobillos encadenados, había dos personas. Una era un hombre, pensó Alex, y la otra una mujer, aunque costaba saberlo por lo famélicos que parecían, todo piel y huesos, y una piel enferma, por cierto, con costras alrededor de los labios marchitos. Estaban fo-

fos como trapos, sus cabezas colgando, rebotando un poco al moverse las sillas. Parecían cadáveres de indigentes. De los que Alex había estado cerca más a menudo de lo que habría querido. Más cerca de ser una de ellos de lo que habría querido.

Los guardias bajaron las sillas al suelo, una a cada lado de Alex, y se apartaron a toda prisa. Como si hubieran traído dos barriles de aceite y ella fuese la chispa. Ocho veteranos curtidos, y parecían todos aterrorizados.

—Eh... —murmuró Alex, mirando alrededor en busca de alguna salida. Pero... no, claro. Las cerraduras estaban fuera.

—Empezad —dijo Bock.

Las cadenas tintinearono cuando el hombre y la mujer de ojos vendados se echaron hacia delante a la vez en sus sillas y aferraron las manos de Alex. Ella se encogió, casi retrocedió un paso, y entonces cayó en que quizá pisaría fuera del círculo y se quedó donde estaba.

Con voz resonante, la mujer exclamó:

—¡Veo a los elfos!

—¡Vienen los elfos! —gimió el hombre—. ¡Vienen sus dioses ciegos locos hambrientos!

—¡Que Dios nos ampare, vienen los elfos! —chilló la mujer, apretando la mano de Alex tanto que le dolió—. Hambrientos, hambrientos, hambrientos, riendo.

Alex miró con los ojos desorbitados a Bock, pero la anciana le quitó importancia con un gesto.

—Tú tranquila, siempre dicen lo mismo.

—¿Y eso es bueno? —gañó Alex.

Bock torció el dedo para rascarse por debajo del solideo carmesí.

—A largo plazo, desde luego que es inquietante, pero de momento...

—¡Veo un gran edificio! —La mujer se crispó, movió la cabeza de golpe a un lado y a otro—. Un antiguo edificio con edificios sobre él con edificios en torno a él pies en el mar cabeza en las nubes veo ríos en el cielo jardines en el firmamento.

—La Columna de Troya —dijo la cardenal Bock, lanzando una mirada significativa hacia el duque Miguel.

Su sacerdotisa se había sacado un lápiz casi consumido de detrás de la oreja y estaba tomando furiosas notas en su libro.

—Veo un calvario —susurró el hombre en un áspero resuello—. Veo pruebas y desafíos.

A Alex no le gustaba mucho cómo sonaba aquello. Pero si aquellos espectros ajados hubieran hablado sobre tarta, seguro que también les habría salido siniestro.

—Una torre una torre alta la torre más alta y allí arde una luz una luz que guía a los fieles una luz falsa una luz verdadera una luz reflejada.

La cardenal Bock entornó los ojos, concentrada, como un minero tamizando gravilla en busca de oro.

—Una cacería dentro de una cacería sin un camino serpenteante por tierra por mar.

—Veo dientes —dijo el hombre.

—Veo dientes —dijo la mujer. ¿Hacía más calor? Alex estaba sudando—. Veo un monje y un caballero y una loba pintada veo muerte y no muerte veo sangre veo un círculo.

—Veo una rueda.

—¡Veo llama! —ladró la mujer, sobresaltando a Alex—. Veo fuego veo fuego veo fuego purificador veo fuego en su final.

—Veo fuego en su principio —dijo el hombre, en voz baja, difícil de oír entre las oraciones susurradas cada vez con más intensidad.

—Fuego en su principio. —Bock cruzó la mirada de nuevo con el duque Miguel—. Nacida en la llama...

—Pyrogennetos... —respondió el duque Miguel, empezando a sonreír.

—¡Los elfos! —plañó el hombre, agarrando a Alex más fuerte aún. Dios, cómo le ardían las manos. Tuvo que morderse el labio. La venda que tapaba los ojos del hombre estaba humeando y dos manchas marrones chamuscadas crecían sobre sus ojos—. ¡Vienen los elfos!

—¡Basta! —restalló Bock.

Los dedos de los oráculos flaquearon de inmediato y cayeron, y sus caras se pusieron flácidas, y sus cabezas se desplomaron hacia

atrás, y fueron dos cadáveres famélicos de nuevo. Unos iniciados corrieron hacia el centro con cubos para echar agua por todo el suelo, y allí donde caía sobre el metal se alzó un siseante vapor. La sacerdotisa afeitada comprobó algo que parecía una brújula e hizo otra anotación en su libro antes de inflar los carrillos con expresión de alivio y asentir mirando a Bock.

—¡Bien, bien! —Su eminencia contempló pensativa el lejano techo—. Maravilloso... A ver... En el presente día, el veintiuno de lealtad... —La pluma de la escribana empezó a raspar el papel—. Yo, la cardenal Bock, en certificada posesión de mis facultades mentales incorruptas por el Arte Negro o los poderes demoníacos, etcétera, etcétera, asevero que se ha examinado a la candidata en una cámara blanca purificada bajo nueve sellos por parte de oráculos emparejados del Coro Celestial. ¡Me cago en todo! —gritó girando la cara—. ¿Cómo decís que se llamaba?

—Alex —respondió el duque Miguel.

—¡Ya puedes salir del círculo, Alex, hemos terminado!

Alex retrocedió alejándose de los fofos oráculos, frotándose nerviosa las manos, con los dedos aún rosados y cosquilleantes por el calor de su contacto.

—Lo has hecho bien —dijo el duque Miguel, sonriendo mientras le daba un apretón en el hombro.

—Solo me he quedado donde estaba.

—Eso son nueve décimas partes de lo que hace una emperatriz. El duque la llevó por el resonante suelo hacia la mesa.

—¿Qué es eso de Pyrogennetos? —susurró ella.

—El título que se les otorga a los infantes reales nacidos en la Alcoba Imperial, en lo alto del Pharos de Troya, justo bajo la Llama de Santa Natalia. Solo las emperatrices y las primogénitas de emperatrices tienen permitido dar a luz allí. Es la marca definitiva de legitimidad.

Bock se había inclinado hacia la escribana, con una mano en su mesa mientras seguía dictándole.

—... y su santidad Benedicta I, en consecuencia, investida con la autoridad plena del Colegio Cardenalicio y pronunciándose

mediante bula papal y sagrado escrito, con la santificada voz de Dios en la tierra y tal y cual, proclama que esta joven no es otra que la princesa Alexia Pyrogennetos, nacida en la llama, hija mayor de Irene, hija mayor de Teodosia y única heredera justa y legítima del Trono Serpentino de Troya.

Alex parpadeó mirando cómo Bock le quitaba la pluma a la escribana de las manos y trazaba una ostentosa rúbrica.

—Y esto... ya... —Soltó con brío la pluma de vuelta al tintero, salpicando de manchitas negras a la escribana, y sonrió a Alex de oreja a oreja—. Está.

—Bien. —Alex tragó saliva—. Joder.

—Se nos comerán a todos... —susurró una de los oráculos mientras se la llevaban, con lágrimas filtrándose a través de la venda chamuscada y cayendo por sus demacradas mejillas.

Alex mantuvo el rostro cerca del plato y el tenedor moviéndose entre ambos tan rápido como podía. Le habría encantado usar los dedos, porque las cosas no dejaban de caerse de la cubertería, pero mientras estuviera echándose algo al colete, lo consideraba una victoria. El duque Miguel la observaba, un poco angustiado, desde el lado opuesto de la mesa. Seguro que aquello no era como se suponía que debía comer una princesa. Pero, cuando una sabía lo que se sentía al pasar verdadera hambre, si alguien le ofrecía comida, iba a comer a toda prisa por si cambiaban de opinión.

—Los elfos se alzarán de nuevo —estaba diciendo la cardenal Zizka desde la gran silla de la cabecera—. Esa es la terrible inevitabilidad que todos debemos afrontar. Contra el enemigo implacable, insaciable e impío, Europa debe alzarse unida... o caer por siempre en la oscuridad.

—Uh —gruñó Alex, de nuevo con la boca llena.

No le cabía duda de que los elfos eran unos cabronazos de mucho cuidado. ¿Quién no lo era? Pero parecían estar muy lejos. Ellos no le pusieron una tenaza en la cara el otro día, ¿a que no?

—Lo único que quiero, lo único que quiere su santidad, es cerrar el gran cisma, sanar la gran herida y traer el Imperio Oriental de vuelta al amoroso abrazo de su Madre Iglesia.

Iglesia y cisma y bla, bla, bla. A Alex no se la podría traer más al paio ni aunque tuviera algo que traer al paio, pero no iba a ser tan tonta de decirlo. Se notaba que la tal Zizka era un pez gordo, por las enormes sillas negras que tenía en su comedor, pulidas por siglos y siglos de culos sagrados. Por los grandes cuadros de mártires sufriendo beatos en las altísimas paredes. Por el plato, y los cubiertos, y los candelabros, y las velas que sostenían. Seguro que Gal la Monedero se habría meado encima al ver todo aquello. Y luego estaba la cadena de oro con el círculo enjoyado que con tanto descuido había dejado en el respaldo de su silla.

Ya había que ser muy rica para poseer un objeto como ese. Pero ¿prestarle tan poca atención? Eso significaba poder.

A Alex no le habría importado mangar un par de cubiertos. A sus ojos no habría sido un robo en absoluto, sino solo un noble esfuerzo redistributivo. Pero, por desgracia, el vestido que le habían encasquetado tenía un corte más adecuado para sentarse quietecita y sonriente que para la redistribución. Y las mangas apretaban.

Quizá encontraría la ocasión de afanar una cucharilla o dos, guardarlas en la mano cuando trajeran el postre.

—Los salvados debemos mantenernos unidos contra los enemigos de Dios —parloteaba la cardenal—. Bajo el estandarte de la Salvadora. Bajo el estandarte de la Papisa. Listos para marchar en una misma dirección cuando las trompetas celestiales proclamen una nueva cruzada, ¡y así expulsar a los elfos de vuelta al abismo del que salieron!

Clavó la mirada en Alex, haciendo que se quedara muy quieta con el tenedor a medio camino de la boca. Una larga gota de salsa espesa le cayó salpicando al plato.

La cardenal tenía una forma de mirar a Alex que empezaba a preocuparla por si al final resultaba que aquello sí que era un asunto sexual. Quizá las sacerdotisas tuvieran prohibido follar, pero a

algunas eso solo parecía animarlas. Un sirviente no dejaba de llegar desde atrás para servirle más vino, y Alex tenía la misma política con la bebida que con la comida, así que ya se había echado unas cuantas copas al gaznate. Por lo que la sala giraba un pelín y notaba las orejas calientes y en su nariz había gotitas de sudor como si fuesen rocío, que no dejaba de tener que secarse con el dorso de la manga.

—Encantada de ayudar —farfulló con el último bocado a medio masticar todavía en la boca. Era mucho mejor mostrarse de acuerdo con la gente poderosa y escabullirse después que arriesgarse a irritarlos a la cara—. Con las cruzadas... y demás...

La cardenal arqueó una ceja.

—Vuestro compromiso con la causa de la Iglesia será recompensado, en este mundo y en el próximo.

Alex tosió al intentar tragar demasiado de golpe, y entonces tuvo que darse un golpe en el esternón y tragar un poco de vino para que bajara.

—A mí me va bien quedarme sin las recompensas celestiales —dijo con una sonrisa de oreja a oreja—, siempre que pueda embolsarme las terrenales ya, ¿eh? ¿Eh?

Nadie rio. Ay, Dios, iba borracha. Se le ocurrió que la respuesta podría ser beber más, así que apuró la copa.

—Deberíamos partir hacia Troya cuanto antes —estaba diciendo el duque Miguel—. Mi querida amiga lady Severa permaneció en la ciudad tras la guerra civil, sirviendo como guardiana de la cámara de Eudoxia. —Levantó un papelito doblado—. Lo ha arriesgado todo para tenerme informado desde entonces.

Y entonces hizo lo que Alex había temido, que fue pasarle el papel a ella.

—Lady Severa —murmuró—, muy bien. Muy bien, sí. —Desdobló el papel sacudiéndolo y frunció el ceño ante la escritura, como había visto hacer a las sacerdotisas cuando leían libros sagrados. Parecía una letra muy pulcra y cuidada, pero tenía más o menos el mismo significado para ella que el patrón de las cagadas de paloma en su alféizar—. Mmm. Mmm.

El duque Miguel pareció lamentarlo un poco mientras se inclinaba hacia ella, le quitaba la carta de la mano y le daba la vuelta hacia arriba para poder leerla.

—Me cuenta que los hijos de Eudoxia están maniobrando para consolidar sus posiciones. De no ser por sus amargas rivalidades internas, uno de ellos ya podría haber...

—¿Cómo? —Alex dejó de esperar a que las últimas gotas de vino le cayeran a la boca y bajó la copa—. ¿Tengo primos?

—Los hijos de Eudoxia. Mis sobrinos. Cuatro duques, cada uno más malnacido que el anterior. Marciano, Constante, Sabas y Arcadio.

Había ladrado los nombres con los ojos entrecerrados, igual que una predicadora podría haber enunciado los pecados capitales.

—¿Y no quieren el trono?

—No se detendrán ante nada por conseguirlo —dijo la cardenal Zizka.

Alex sorbió comida a medio masticar de los dientes. Ya no le sabía tan bien como antes.

—¿Son peligrosos?

—Son hombres poderosos en el Imperio Oriental —respondió el duque Miguel—. Hombres que se deleitaban infligiendo el reinado del terror de Eudoxia a la gente.

—Hombres con tierras, dinero e influencia. —La cardenal pinchó un pedazo de carne con mortífera precisión—. Hombres con soldados, espías y asesinos a sus órdenes. Hombres a quienes no les importa su alma inmortal. Hombres que no pestañearán ni un momento, si creemos los rumores, antes de emplear magia prohibida, negociar con diablos o hacer cosas peores.

—¿Peores? —murmuró Alex.

El duque Miguel parecía incómodo. Y más le valía. No había dicho nada sobre primos hasta aquel momento, y menos aún sobre magia prohibida.

—Mi hermana Eudoxia no solo asesinó a tu madre y usurpó su trono, sino que también era una hechicera de terrible poder. Después de ganar la guerra civil, fundó un aquelarre en Troya.

—Ella y sus aprendices practicaban el Arte Negro. —La cardenal Zizka fijó su mirada furiosa mesa abajo—. ¡Y sin ocultarse, ojo! ¡Pecados contra Dios, cometidos a la vista del terreno sagrado en el que están enterrados los héroes de las grandes cruzadas!

El duque Miguel negó con la cabeza.

—Eudoxia siempre estuvo obsesionada con el alma.

—¿Eso no suena... como religioso? —preguntó Alex, entornando los ojos.

Zizka dio un bufido de repugnancia.

—El alma es la parte de sí mismo que Dios pone en cada uno de nosotros. Manipularla es la peor herejía.

—¿Cómo se manipula un alma? —murmuró Alex, aunque desde luego no quería saber la respuesta.

—Llevó a cabo... experimentos —dijo Miguel.

—Experimentos obscenos —dijo Zizka.

—Empezó a... combinar hombre y bestia.

—¿Dices ponerle una cabeza de perro a un cuerpo de hombre?

—Alex iba a echarse a reír, pero entonces vio que Zizka y el duque Miguel cruzaban una mirada capaz de matar bien muerto todo el humor del mundo—. Un momento... ¿dices ponerle una cabeza de perro a un cuerpo de hombre?

—A las personas se nos concede un alma —respondió el duque Miguel—. A las bestias no. Eudoxia... creía que, al fusionar la carne de ambos, podría localizar el alma. Liberarla. Capturarla. Dominarla.

—Buscaba esclavizar una astilla de Dios. —La cardenal Zizka seguía mirando furibunda sobre la mesa—. En los quince años que llevo como líder de la Curia Terrenal, es el sacrilegio más depravado del que he oído hablar.

—Ah —trinó Alex.

—De modo que comprenderéis, alteza, que no podemos permitir que ningún hijo de Eudoxia ocupe el Trono Serpentino. Que su legado maldito deba ser arrancado de raíz y que la tierra santa de Troya deba purificarse de nuevo. —La cardenal observó a Alex mientras masticaba, con todo el aspecto de ser una mujer que

nunca mordía más de lo que podía tragar—. Lo que estáis haciendo es un acto de gran valentía, alteza. Un acto noble, justo y valeroso.

Un vientecillo pareció cruzar la estancia, o al menos a Alex se le pusieron los brazos en carne de gallina, llevase mangas apretadas o no.

—Nadie dijo que tendría que ser valiente —musitó.

—En una emperatriz —dijo el duque Miguel—, creo que se da por sentado.

—Pero tened en cuenta que vais un paso por delante de vuestros primos —observó la cardenal Zizka—. Nadie fuera del Palacio Celestial sospecha siquiera que la princesa Alexia esté viva, no digamos ya localizada. Llegaréis a Troya en secreto, protegida por un grupo escogido con sumo cuidado. Se enviarán por delante de vos varias copias de la bula papal que confirma vuestra identidad para lady Severa, que las hará circular poco antes de que lleguéis. Hasta entonces, la condenada prole de Eudoxia estará absorta en sus rencillas internas. ¡Caeréis sobre ellos como un rayo del cielo!

Alex no se sentía muy relampagueante.

—¿Y si uno de ellos gana antes de que llegue?

—Nadie niega que existen riesgos —dijo el duque Miguel—. Hay unas trescientas leguas de aquí a Troya, y no podemos garantizar cuánto apoyo tendrás a tu llegada a la ciudad. Hay muchísimo en juego, contra unos enemigos poderosos que moverán cielo y tierra para detenernos.

—Escuchad, yo me he criado ahí fuera. —Alex señaló de golpe hacia la ventana con el tenedor, y un guisante salió volando y se quedó pegado a la pared—. En las barriadas. He hecho... —Nada de lo que había hecho parecía adecuado para mencionarlo en ese entorno—. He hecho toda clase de... de cosas, pero no tengo ni puta idea de cómo ser una princesa ni...

—Me da la impresión de que aprendéis rápido —la interrumpió la cardenal, imperturbable. A Alex le pareció una mujer que no se dejaría perturbar por nada más flojo que un terremoto. Y seguro que ni siquiera entonces se alteraría mucho.

—Pero esos cuatro primos que tienen todos los soldados y el dinero y la tierra... ¿no tendré que luchar contra ellos tarde o...?

—Yo lucharé por ti —afirmó el duque Miguel, y le lanzó una sonrisa de ánimo que le dio ganas de mear. O quizá fuese por culpa de tanto vino.

—¡Un héroe afamado en vuestro bando! —exclamó Zizka—. Y gozaréis del apoyo de Su Santidad la Papisa, y con ella... —La cardenal elevó la mirada hacia el techo, donde había pintado un cielo nuboso al anochecer, con unos rayos esperanzadores atravesando la penumbra—. Y con ella, la ayuda de la Salvadora, bendita hija del Todopoderoso. ¡Ellos tendrán espías y asesinos, alteza, pero vos tenéis a santos y ángeles de vuestro lado!

Por lo que había visto Alex hasta la fecha, el Todopoderoso se aliaba siempre con los favoritos, y cuando alguien tenía que confiar en que los ángeles equilibraran la balanza, era que estaba bien jodida. Pero empezaba a tener la sensación de que ya había estado bien jodida desde hacía tiempo, y solo ahora se daba cuenta.

El duque Miguel se inclinó hacia ella.

—Y nunca olvides que tienes algo que esos cuatro duques usurpadores jamás poseerán.

—¿Qué es? —preguntó Alex, sonando muy pequeñita.

—¡Tienes el *derecho*! —El duque descargó un puñetazo en la mesa—. ¡Eres la princesa Alexia Pyrogennetos, nacida en la llama, y por medio de los oráculos del Coro Celestial respaldada por el mismísimo Dios!

Y dio un golpe más fuerte si cabe en la mesa, haciendo saltar la cubertería. Habría sido buen momento para guardarse un tenedor pequeño de aquellos, pero Alex no se hacía el ánimo.

—Tengo el derecho...

Estaba bastante segura de que ningún derecho le conseguiría nada en el mostrador de Gal la Monedero. Ya sabía que tenía que haber cristal roto escondido en la tarta, pero aun así le había dado un buen mordisco. Se había dejado deslumbrar por el gran golpe y se había centrado tanto en intentar alcanzarlo que había tropezado ella sola. Tropezado y caído por un pozo de mina. Un pozo

de mina lleno de primos letales, hechicería sacrílega y almas robadas.

Hizo un último esfuerzo quejumbroso.

—Pero si tienen a hechiceras, estáis diciendo, y a gente que está a medio camino entre hombre y bestia, y, bueno, a diablos...

—Los tienen. —La cardenal Zizka sonrió. Era la primera vez que lo hacía y Alex pensó que, bien mirado, prefería su ceño fruncido—. Pero nosotros tenemos a nuestros propios diablos.

El principio de un chiste malo

Baltasar profirió un poderoso suspiro, pero nadie se fijó.

Sus actuales aprietos le daban mucho sobre lo que suspirar: el espantoso colchón, la horrible comida, la gélida humedad y el innarrable hedor de sus aposentos, la indignante negativa de ropa, la abominable ausencia de conversación inteligente, la desgarradora pérdida de sus hermosos, preciosos libros. Pero, tras una larga reflexión, había terminado por concluir que lo absolutamente peor de que lo obligaran a unirse a la Capilla de la Santa Conveniencia... era el mortificante oprobio.

Qué oprobio que nada menos que él, Baltasar Sham Ivam Draxi, ilustrado adepto de los nueve círculos, protector de las llaves secretas, conjurador de poderes ultraterrenales, el hombre al que apodaban el Terror de Damietta —o que, al menos, se había apodado a sí mismo el Terror de Damietta con la esperanza de que corriese la voz—, uno de los tres mejores nigromantes de toda Europa, nada menos —o quizá cuatro, según lo que se opinara de Sukastra de Bivort, a quien él personalmente consideraba un chapucero—, terminara apresado por unos bufones, juzgado y condenado por unos patanes y obligado a una humillante servidumbre al lado de unos idiotas tan abyectos como aquellos.

Miró de soslayo con una expresión que transmitía de un modo elocuente su más absoluto asco, pero nadie estaba mirándolo a él. El antiguo vampiro, cuya decrepitud cabía suponer que le venía impuesta por un hambre forzosa, se sentaba despatarrado en una silla, haciendo gala de todo el estiloso aburrimiento del que era capaz un esqueleto con cuatro mechones de pelo en la cabeza. La elfa estaba de pie, flaca como un alambre blanquecino, con el rostro cubierto por greñas de pelo antinaturalmente ceniciento, inmóvil salvo por una constante y muy irritante contracción de su largo índice derecho. Su carcelero en jefe, Jakob de Thorn, miraba desde la esquina con los brazos cruzados y apretados, un viejo caballero curtido en mil batallas que parecía haber pasado una considerable fracción de su vida dejándose aplastar por un rodillo, experiencia que a todas luces le había exprimido del cuerpo todo sentido del humor. Y luego estaba el supuesto pastor espiritual de aquella congregación de los decepcionantes, el hermano Díaz, un joven idiota en perpetuo pánico, salido de una orden monacal poco conocida y peor considerada, que lucía la expresión de un hombre que no supiera nadar en la cubierta de un barco yéndose raudo a pique.

Un sacerdote inefectivo, un caballero enervado, una elfa misántropa y un antiguo vampiro. Parecía el principio de un chiste malo cuyo trágico remate aún estaba por revelarse. Cabría haber esperado al menos un escenario imponente, un sanctasanctorum forrado de esculturas, con un suelo de mármol tallado con los ideogramas de santos y ángeles. Pero, en vez de eso, tenían una cajita llena de humedades en las entrañas del Palacio Celestial, cuya única ventana daba a una pared cercana y a una maraña de desagües con fugas.

La elección que le habían ofrecido a Baltasar en su farsa de juicio había sido entre expiar sus delitos mediante el servicio a Su Santidad o arder en la hoguera. En su momento le había parecido evidente cuál era la mejor opción, pero empezaba a sospechar que, a largo plazo, la inmolación podría haber resultado ser menos dolorosa.

Qué oprobio que nada menos que él, Baltasar Sham Ivam Draxi, quien había hecho de los muertos sus juguetes y de la tempestad su corcel, quien había empujado los límites de la misma mortalidad y doblegado a la archidemonia Shaxep a su voluntad —o, al menos, le había sonsacado unos pocos favores y había sobrevivido—, no solo quedara reducido a la execrable esclavitud, sino a una esclavitud de aquella variedad tan intensamente banal y descerebrada.

Estaba preparando un suspiro tan explosivo que alguien se vería obligado por fin a reparar en su incomodidad cuando los cerrojos traquetearon y la puerta se abrió de par en par.

Entró una bandada de acólitos, todos con hábito blanco, semblante de etérea piedad y un chal de orar que tenía cosidas citas de las Sagradas Escrituras. Uno flaqueaba con un pesado marco de madera sujeto con correas a la espalda y que sostenía un gigantesco libro abierto, mientras un segundo esparcía tinta en sus esfuerzos por seguir al primero y escribir en las enormes páginas al mismo tiempo. Una tercera llevaba una gran corona de flores al cuello que casi rozaba el suelo. Un cuarto aferraba en una mano el circufijo que llevaba puesto y un fajo de hojas de oraciones en la otra, sus ojos vidriosos alzados hacia el techo, sus labios en movimiento incesante mientras borbotaba una interminable oración suplicando las bendiciones del Todopoderoso, la Salvadora y todos los santos.

—Y aquí llegan las payasas —resolló el barón Rikard, oscilando sobre su bastón hasta erguirse, si es que podía emplearse la palabra «erguirse» para alguien que siguió tan encorvado que apenas tenía la nariz por encima del cinturón.

Los acólitos se separaron para revelar a dos mujeres de cabello entrecano, ambas cardenales a juzgar por sus fajines y sus solideos carmesíes, por no mencionar los círculos enjoyados que llevaban colgando de cadenas enjoyadas. Una destacaba por su altura y su gracilidad, mirando alrededor con gesto benevolente como una mujer rica llegada para distribuir limosna a los pobres. La otra tenía más a una complexión baja y sólida, con un entrecejo arrugado y una mirada pétrea. Eran, según dedujo Baltasar, nada menos que

las cardenales Zizka y Bock, los polos opuestos del alto mando de la Iglesia, las líderes de la Curia Terrenal y el Coro Celestial. A primera vista, no lo impresionaron mucho.

—¿Os importa?

Una chica de diez años, vestida de sencillo blanco, apartó a codazos a las dos ancianas antes de poner los brazos en jarras y examinar a la reticente congregación con una ceja arqueada en gesto crítico.

Allí estaba pues: Benedicta I, la Niña Papisa. La votación de una nueva Santa Madre nunca estaba exenta de controversia, pero aquella elegida en concreto, a quien sin duda le faltaban años para estar en edad de ejercer ninguna maternidad, había suscitado furia y denuncias por doquier, provocado la excomunión de tres cardenales rebeldes y una docena aproximada de obispas, casi desatado otro grave cisma en el seno de la Iglesia; tuviera la chica el supuesto potencial mágico que tuviera.

—De la falacia a la farsa —masculló entre dientes Baltasar, que nunca había tenido mucha paciencia con la religión. ¿Qué era, en verdad, sino superstición con dinero?

—¡De verdad que lo siento! —canturreó Su Santidad, sin que sonara en absoluto a que lo sentía—. ¡El embajador de los francos me ha traído un pájaro y era graciosísimo! ¿Cómo se llamaba?

La cardenal Zizka parecía sentirse casi tan humillada por aquella pantomima como Baltasar.

—Un pavo real, santidad.

—Qué colores tan encantadores. ¿Os he hecho esperar?

—No, santidad. —El hermano Díaz le lanzó una sonrisa servil y se inclinó tanto como cualquier penitente—. No, no, no, no...

—Sí —dijo con parsimonia el barón Rikard, mirándose las uñas amarillentas—. Pero ¿qué remedio nos queda?

La sonrisa de Su Santidad solo se ensanchó.

—Bueno, si fueras papa, igual la gente te traería pavos reales a ti, pero eres un vampiro, así que te chinchas.

El barón dio un largo suspiro.

—Por boca de los niños...

Llegó un gemido apenas audible desde la esquina y el acólito que murmuraba se tambaleó mientras las hojas de oraciones se le caían de los dedos inertes y aleteaban por todo el suelo llevadas por la corriente de aire. El acólito se derrumbó de lado y una compañera tomó el testigo de inmediato, agarrándose las manos y alzando la mirada al techo, mientras sus labios sonrientes se movían en incesante plegaria. Baltasar se quedó atrapado en el lugar donde pasaba gran parte de su tiempo, entre el desdén y la envidia. Aunque él supiera que todo aquello era un engañabobos, creer en una mentira era igual de reconfortante para los fieles que saber la verdad. Durante un instante, no pudo evitar preguntarse si de verdad era mejor ser un cínico apesadumbrado que un ingenuo eufórico.

Bock estaba abanicando al acólito desmayado con un montoncito de las hojas de oración caídas, pero, por pura casualidad, una había terminado junto al pie descalzo de Baltasar. Aunque por un lado estaba repleta de devociones, reparó con no poco entusiasmo en que la otra cara estaba totalmente en blanco. En plena confusión, fue sencillo mover el pie de lado para tapar el papel. No pudo evitar del todo que asomara a sus facciones una sonrisa triunfal cuando lo sintió crepitar bajo su planta. ¡Se liberaría de aquella humillación y se cobraría una venganza que haría sollozar a los mártires! ¡Iban a lamentar el día en que osaron ofender a Baltasar Sham Ivam Draxi!

Zizka carraspeó mientras sacaban al acólito inconsciente al pasillo.

—¿Administramos la atadura, santidad? Tenéis un día ocupado.

—Pfffffft —bufó Benedicta I—. Todos los días estoy ocupada. Ser papisa no es ni la mitad de divertido de lo que una creería.

—Como casi nada —murmuró la elfa, con lo que, a pesar de estar en celdas contiguas, más o menos duplicó la cantidad de palabras que Baltasar le había oído pronunciar jamás.

Uno de los acólitos se arrodilló sosteniendo un cuenco de tinta roja, en el que Su Diminuta Santidad metió el dedo índice para trazar una simple línea que cruzaba la muñeca del vampiro. Con el dedo corazón, le hizo lo mismo a la elfa.

La papisa dio un paso más, y entonces Baltasar vio de cerca el rostro de la mismísima representante de Dios en la tierra. Una niña paliducha con un enorme lunar encima de una ceja, cuyo solideo blanco se las veía y se las deseaba para contener una melena de rizos castaños. Baltasar había oído describirla como el mayor poder arcano que hubiera nacido en el mundo durante varios siglos, y se había mostrado incrédulo. Había oído rumores de que se la celebraba como el Segundo Advenimiento de la mismísima Salvadora, y le habían dado ganas de reír. En esos momentos, mirando la sagrada persona de Benedicta con sus propios ojos, se decantaba más por llorar. Si aquella cría tan poco prometedora era realmente la última y mejor esperanza del mundo, al parecer el mundo estaba tan condenado como decía la gente.

—¿Quién es el nuevo?

La papisa ladeó la cabeza mientras alzaba la mirada hacia Baltasar, poniendo su solideo en inminente peligro de soltarse del todo. Uno de sus acólitos merodeaba cerca de ella, quizá confiando en atraparlo.

El hermano Díaz carraspeó.

—Este es Baltasar... esto...

El suspiro de contrariedad que soltó Baltasar bordeaba el gimo-teo de pleno derecho.

—Sham... Ivam... Draxi.

—Un hechicero...

—Un mago —corrió él, mordiéndose cada sílaba al soltarla.

Quizá le hubiera quedado más digno de no ir ataviado solo con un camisón andrajoso proporcionado para aquella entrevista, pero hizo lo posible por parecer formidable y misterioso aun así, enar-cando una ceja a toda su majestuosa altura y contemplando a la líder suprema de la Iglesia por encima del hombro, cosa nada difícil porque apenas le llegaba al estómago.

La papisa trató de chasquear los dedos, pero no le había pillado el truco y apenas hizo un suave zup.

—¡Espera! ¿Tú eres el que hace bailar cadáveres? ¡Una ópera entera, dicen!

—Bueno... solo un primer acto, en realidad. Estaba haciéndole correcciones al libreto cuando los cazadores de brujos cayeron sobre mí, pero, para ser sincero del todo, aún no consigo que los cadáveres canten. Al menos, no de un modo que satisficiera a un entendido. Es más un gemido entonado que...

—¡Me encantaría verlo! —gritó Su Santidad, aplaudiendo, y Baltasar tuvo que reconocer que su entusiasmo infantil era bastante encantador.

—Sería un placer organizar una actuación para...

—Quizá en otro momento —lo interrumpió con sequedad la cardenal Zizka.

Su Santidad miró hacia arriba, exasperada.

—Dios nos libre de divertirnos aunque sea un poquito por aquí. —Mojó la yema del meñique en la tinta y la pasó por la muñeca extendida de Baltasar, mostrándose encantadísima con su obra—. ¡Hecho!

Baltasar esperó a lo demás. Pero no hubo demás. Aquello, por lo visto, era todo el elemento inscrito del encantamiento. Una línea. Ni siquiera una línea recta. Ni siquiera una línea regular. La acumulación de tinta a un lado se había convertido en gota que resbalaba poco a poco por su muñeca. No había círculos dentro de círculos, ni runas de lo más alto y lo más bajo, ni espiral de Sogai-gontung con los pasajes sagrados inscritos con el ángulo correcto en cada una de las quince esquinas. Un dibujo infantil hecho con los dedos, literalmente. Baltasar no sabía si deleitarse por la facilidad con que se desembarazaría de aquel penoso esfuerzo u ofenderse porque alguien pudiera creerlo capaz de retener a un practicante de su potencia.

La pontífice prepúber había retrocedido para contemplar la irrisoria congregación de la Capilla de la Santa Conveniencia, con una yema del dedo roja apretada contra los labios, donde dejó una mancha perceptible. Se inclinó hacia la cardenal Bock.

—¿Qué debería decir?

La directora del Coro Celestial le sonrió como una abuelita consentidora.

—Tampoco creo que importe mucho —dijo, y Baltasar casi no pudo evitar que se le cayera la mandíbula inferior. ¡En teoría, aquella mujer se contaba entre los magos más doctos de Europa! Y resultaba que era aún más chapucera que Sukastra de la puta Bivort—. Quizá algo como...

La cardenal cogió el círculo enjoyado que llevaba al cuello y se puso a sacarle brillo contra su manga, entornando los ojos hacia el techo como si no se lo hubiera planteado hasta ese momento. Baltasar estaba patitieso por fuera, patidifuso por dentro. ¡La vieja zorra estaba inventándose lo verbal sobre la marcha! ¡La formulación de una atadura solemne! ¡De la atadura papal, nada menos! A Baltasar le costó imaginarse lo que sus competidores, rivales y enemigos sin ambages de la fraternidad arcana opinarían de aquello cuando se lo dijese.

—Requiero —propuso Bock— que conduzcáis a la princesa Alexia hasta Troya... que obedezcáis las instrucciones del hermano Díaz... y que os aseguréis de que asciende al trono como emperatriz oriental.

Al pronunciar las palabras «princesa Alexia», había señalado hacia una joven que intentaba esconderse detrás del acólito del libro. Baltasar la miró con los párpados entrecerrados mientras, raudo, colocaba las lamentables piezas de aquel puzle tan poco edificante. ¿Así que aquella chavala enjuta y decididamente poco glamurosa, con el aire famélico y enfermizo de un perro callejero y los ojos arteros de un proxeneta de mala muerte, era la princesa perdida Alexia Pyrogennetos, hija de Irene, a quien pretendían colocar en el Trono Serpentino de Troya como marioneta papal?

—De la farsa a la fantasía —murmuró incrédulo.

—Creo que con eso bastará —dijo Bock pensativa, y le echó el aliento a su circufijo antes de frotarlo de nuevo—. ¿Alguien quiere aportar ideas? ¿Cardenal Zizka?

La líder de la Curia Terrenal movió la boca con amargura y luego negó con aún más amargura, como si tuviera una enorme cantidad de pensamientos pero estuviera absteniéndose de pronunciarlos.

—Allá voy, pues. —La papisa cerró los puños con fuerza y casi cerró los ojos mientras se concentraba en las palabras—. ¡Requiero

que conduzcáis a la princesa Alexia hasta Troya, que obedezcáis las instrucciones del hermano Díaz y que os aseguréis de que asciende al trono como emperatriz oriental! —Dio una palmada—. ¡Me ha salido a la primera!

—¡Maravilloso! —exclamó Bock.

—¡Maravilloso! —repitió la papisa, dando otra palmada—. Y luego que volváis derechos aquí, claro.

—Bien pensado, santidad —dijo Bock—. Bien recordado.

La cara de la papisa de pronto se volvió adusta.

—Si no le ponéis todo el empeño, espero que os sintáis muy enfermos. Y además... —dijo, y meneó un dedo severo hacia todos ellos, uno tras otro—, quiero que seáis majos entre vosotros de camino. Porque ser majos... es de gente maja. ¿Toca comer ya? —preguntó, volviéndose hacia la puerta.

—Pronto, santidad —respondió Zizka—. Primero debéis aplicarle la atadura a la miembro... ausente del rebaño.

—¡Ah, me encanta Vigga! ¿Creéis que me dejará subir a sus hombros otra vez? —La papisa se marchó con un paso vivo que bordeaba los saltitos—. ¿Y luego comemos?

—Nada más le hayáis concedido audiencia a esa delegación de obispos que envía la Liga Hanseática. Esperan recibir un dictamen vuestro sobre la relación entre Dios, los santos y la Salvadora.

Su Santidad profirió un largo gemido.

—¡Vaya aburrimiento!

Y desapareció por el pasillo, seguida por sus acólitos, una todavía rezando, otro todavía intentando a la desesperada escribir en el libro gigante, otra torciendo el gesto con saña mientras intentaba maniobrar su inmensa corona de flores para pasarla de lado por la puerta. La princesa más decepcionante del mundo lanzó a todo el mundo de la sala una última mirada henchida de preocupación antes de salir tras ellos.

Baltasar se frotó con suavidad la marca roja de la mejilla.

—¿Y eso es todo? —no pudo evitar decir.

—Eso es todo —se limitó a responder Bock—. Partiréis mañana por la mañana, con una escolta de la Guardia Pontificia. —Movi

una mano en un vago gesto santo—. Que Dios bendiga vuestra misión y tal y cual.

El barón se derrumbó de nuevo en su silla y miró desde debajo de sus párpados caídos.

—¿Puede Dios en verdad bendecir a unos diablos como nosotros, cardenal?

—Dicen que, en sus manos, todo utensilio es recto. —Bock se bajó el solideo hacia las cejas para poder rascarse bien la nuca—. ¿Sabéis? Siempre me ha parecido paradójico que no haya nada más liberador que quedar ligada a un propósito común.

Dedicó a Baltasar una sonrisa extrañamente enigmática, se volvió a colocar el solideo, un poco torcido, y se fue.

Él apenas logró suprimir una risita incrédula. ¿Un grupo de necios peligrosísimos, incapaces por completo de colaborar, emprendiendo una travesía de trescientas leguas o más con el objetivo totalmente imposible de instalar a esa enclenque enfurruñada en el Trono Serpentino de Troya? Muchas gracias, pero Su infante Santidad podía prescindir de él. ¡Se quitaría aquel cordelito de atadura y desaparecería sobre las alas del viento antes de que nadie lo supiera!

Tuvo que tragarse un repentino eructo ácido, sin duda resultado del indigerible engrudo que le daban de comer allí. Se entretuvo imaginándose la expresión de idiota que tendría la cara de idiota de aquella zorra sonriente de Baptiste cuando supiera de su huida. Cuando cayera en la cuenta de que iba a tener que estar mirando a sus espaldas lo que le quedase de vida, preocupada por la inevitable venganza de Baltasar. Se preguntó qué forma de represalia ocultista le daría mayor satisfacción, proporcionaría la advertencia más adecuada para otros y sería la mejor metáfora de la humillación que había sufrido a sus manos. Que aquella princesa zopenca se buscara su propio camino hacia...

Si a Baltasar le hubieran dado un puñetazo en el estómago, no podría haber arrojado un chorro más explosivo de vómito. Cayó al suelo quizá a cuatro zancadas de él, engendrando una línea torcida de salpicaduras que llegó hasta sus pies descalzos, y terminó con

un agónico y trémulo resuello. Se quedó un poco agachado, con la lengua fuera, los ojos llorosos, hilos de baba colgándole de la nariz y las manos juntas llenas de sus propias expulsiones.

—Eso ha sido la atadura. —La elfa se había vuelto para contemplarlo inexpresiva con aquellos ojos enormes que no pestañeaban—. Funcionan mejor de lo que esperarías.